



# la bola de cristal

clark carrados





COLECCION

---

# PUNTO ROJO







CLARK CARRADOS

## **LA BOLA DE CRISTAL**

Colección **PUNTO ROJO** n.º 387

Publicación semanal

Aparece los **SABADOS**



**EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**

**BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO**





Dépósito legal: B 29.457 - 1969

Printed in Spain - Impreso en España

1ª edición: septiembre, 1969

© CLARK CARRADOS - 1969  
sobre la parte literaria

© JORGE SAMPER - 1969  
sobre la cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor  
de Editorial Bruguera, S.A.  
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**  
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1969





Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.





**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR  
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección BISONTE:

1122. — La senda de la venganza.

En Colección SERVICIO SECRETO:

973. — El fiscal y la ladrona.

En Colección BÚFALO:

810. — El hombre del brazo largo.

En Colección CALIFORNIA:

676. — Bandera para forajidos.

En Colección COLORADO:

538. — El orgullo del diablo.

En Colección KANSAS:

588. — La larga sombra del ahorcado.

En Colección BRAVO OESTE:

373. — La marca borrada.

En Colección PUNTO ROJO:

383. — La granja del diablo.

En Colección SALVAJE TEXAS:

700. — Cinco pares de revólveres.

En Colección ASES DEL OESTE:

453. — Se vende una pistola.

En Colección ENVIADO SECRETO:

94. — Yo soy mi doble.



## CAPÍTULO PRIMERO

El dueño de la tienda estaba atendiendo amablemente a dos damas: entró una pareja de individuos de aspecto corriente, que se situaron junto al mostrador, a un paso de la caja registradora. Ambos personajes sonreían y charlaban entre sí con moderada animación.

Jerry Butler, dueño del establecimiento, envolvió un frasco de perfume y se lo entregó a una de las clientes. Ésta le entregó un billete y Butler se acercó a la caja registradora. Marcó el importe, presionó el botón, sonaron los engranajes y la caja se abrió automáticamente.

Butler sacó algunas monedas y se las entregó a la compradora.

—Su cambio. Mil gracias, señora.

Butler era un hombre considerado y acompañó a las dos mujeres hasta la puerta, despidiéndolas con una gran reverencia. Luego cerró y se volvió, dispuesto a atender a los presuntos clientes.

Entonces vio que uno de ellos se había situado tras la caja registradora, al otro lado del mostrador.

—¡Eh! —protestó—. ¿Qué hace usted ahí?

El individuo le miró y sonrió.

—Habla tú, Jake —dijo a su compañero.

Butler dio unos pasos. Jake Burns emitió una sonrisita singular.

—Perdone, señor Butler —dijo—. Mi amigo Ry Hoswiss y yo pertenecemos a una agencia de estadísticas. Estamos haciendo una encuesta sobre robos a tiendas. ¿No le han robado nunca la suya, señor Butler?

El comerciante parpadeó, algo más tranquilo, aunque no dejaba de recelar de la actitud del otro individuo.

—Hasta ahora, no, ciertamente. Pinecross es una ciudad muy tranquila y la gente es pacífica y honrada —contestó.

—Ya, ya —murmuró Burns—. Pero corre peligro de que un día

le roben.

—Hombre, ¿quién está exento de un riesgo semejante?

Burns sonrió amablemente.

—Eso es lo que queremos evitar nosotros, precisamente, señor Butler —dijo—. Perteneciendo a la APCI, su establecimiento no será robado jamás —aseguró con rotundo énfasis.

Butler se quedó viendo visiones.

—¿La APCI? —dijo—. ¿Qué significa eso?

Burns se volvió hacia su compinche.

—Ry, explícaselo —pidió.

—Con mucho gusto —accedió Ry Hoswiss—. Significa Asociación Protectora del Comercio y de la Industria.

De pronto, manejó el pulsador y abrió la caja. Tranquilamente, contó veinticinco dólares y se los embolsó antes de que el aturdido Butler tuviera tiempo de protestar.

—Naturalmente —dijo Hoswiss con la mejor de sus sonrisas—, nuestros servicios no son gratuitos. Le costarán veinticinco dólares semanales. Ya nos hemos cobrado la primera cuota. El próximo viernes vendremos a por la segunda cuota.

—Vendremos todos los viernes —añadió Burns—. Veinticinco dólares semanales es una cantidad hartó moderada para los beneficios que puede conseguir, afiliándose a la APCI.

—¡Pero es que yo no quiero...! —Intentó protestar Butler.

Hoswiss no le dejó salir adelante.

—Nosotros tenemos un gran interés en el progreso de Pinecross. Si los robos se multiplican, ¿cómo progresarán el comercio y la industria de esta floreciente ciudad?

Butler estaba con la boca abierta. Hoswiss sonrió, dirigiéndose a su compinche:

—¿Vamos, Jake?

—Cuando gustes, Ry.

Butler estaba anonadado.

Era un hombre ya maduro. Burns y Hoswiss eran mucho más jóvenes que él.

Sintió miedo y los dejó ir sin nuevas protestas.

Pero su corazón sangraba al pensar en que cada semana sufriría un expolio de veinticinco dólares.

Y lo peor de todo era que no veía la manera de evitarlo.

En el plazo de una semana, todos los establecimientos de Pinecross, de cualquier clase que fueran, recibieron una visita de tipos como Burns y Hoswiss.

Cada establecimiento debía pagar una cuota de acuerdo con su importancia. Además, en Pinecross había un par de industrias de gran movimiento económico, cuyos directores recibieron también sendas visitas. Las fábricas corrían peligro de incendio o de ser destruidas por alguna explosión accidental. Eso se podía evitar mediante una módica cuota semanal.

Algunos de los afectados intentaron resistirse. Pero fue peor para ellos.

Dos acabaron en el hospital y sus tiendas ardieron en pompa. Un tercero emprendió súbitamente viaje a Illinois, donde tenía una tía enferma, pero no llegó jamás a su destino.

En una semana, la ciudad había sido conquistada sin apenas esfuerzo, al precio únicamente de tres bajas... del bando atacado, naturalmente.

La consternación era general. Jamás había sucedido en Pinecross nada semejante.

Ciertamente, existía el delito, pero de una forma individual, esporádica: algún asesinato muy de tiempo en tiempo y siempre por motivos personales, robos de menor cuantía, peleas los sábados en las tabernas... El delito de mayor cuantía que se recordaba era el atraco al banco Ferguson, realizado cinco años antes, y en el que los atracadores habían huido con un botín de veintiocho mil dólares.

Pero nunca había sucedido nada parecido. Jamás se había producido en Pinecross el menor brote de *gangsterismo* organizado.

Y dirigido de una forma rápida y eficiente, como lo habían demostrado los «visitantes» en una actuación que demostraba la rara perfección de un plan larga e inteligentemente estudiado durante tal vez, mucho tiempo.

Los escasos hombres que componían la fuerza policial de Pinecross se sentían desconcertados. Ellos no estaban preparados para luchar contra una banda tan bien organizada a cuyos miembros, además, no conocía nadie anteriores permanencias en la ciudad.

Las protestas fueron mínimas. La única voz que sonó clara, fuerte y firmemente acusadora fue la del *The Pinecross Sentinel*, el

único periódico de la ciudad.

El *Sentinel* lanzó un vibrante editorial, conminando a los ciudadanos a mostrarse activos y cooperadores con la policía, y que rechazaran de plano cualquier extorsión por parte de los bandidos. Al jefe de Policía, comisario Pendleton, le exigía pusiera fin a aquel estado de cosas y demostrase que el sueldo que ganaba servía para algo más que comer y tomarse una aspirina de cuando en cuando.

Finalmente, el editorial decía que los bandidos debían tomar buena nota de los sentimientos del pueblo y que acabarían siendo barridos implacablemente por la fuerza de la ley y la razón, que asistía a las personas honradas.

Dos noches después, una terrible explosión sacudió el barrio donde se hallaba instalado el edificio del *Sentinel*.

Cuando los bomberos llegaron, precedidos por el aullido de sus sirenas, el edificio del periódico no era más que un montón de ruinas.

Afortunadamente, era un diario de la tarde y no había gente en el edificio, salvo el conserje-vigilante, el cual declaró posteriormente que había sido acometido por unos desconocidos enmascarados, los cuales, después de inmovilizarle, lo ataron y amordazaron, llevándoselo fuera de la ciudad. Como, además, le habían vendado también los ojos, le fue imposible reconocer el camino seguido, aunque creía recordar que el automóvil en que había sido trasladado, había dado numerosas vueltas y revueltas para despistarle.

Después le habían dejado libre y tuvo que caminar bastante, antes de llegar a la carretera federal 37, antes de encontrar un automovilista complaciente que lo devolvió a la ciudad. Eso era todo cuanto podía declarar en relación con la total destrucción del edificio y la maquinaria.

El terror más absoluto se adueñó de los habitantes de Pinecross, quienes comprendieron que habían caído en manos de una banda sin escrúpulos, dispuestos todos sus componentes a enriquecerse a costa de las gentes honradas.

Con gesto satisfecho, Lloyd Barneth se caló las gafas y contempló a cierta distancia, sosteniéndolo con una mano, el documento que acababa de redactar.

—Perfecto —exclamó a media voz—. Ha quedado maravilloso. Será un trabajo sensacional.

Barneth era un hombre joven, fornido, de cabellos oscuros y rostro inteligente, especializado en determinados temas de psicología social. Colaboraba con algunas revistas del ramo y empezaba a cobrar cierta fama en su género científico.

Además, era profesor del Colegio Superior de Pinecross. Ello le servía para cubrir sus necesidades e incluso para ahorrar algo, ya que Barneth era hombre de costumbres más bien morigeradas. Lo cual, sin embargo, no significaba que tuviese vocación de monje cartujo. De cuando en cuando, le gustaba divertirse y poseía un acusado sentido del humor, pero comprendía la responsabilidad de su posición y procuraba siempre obrar en consonancia.

Barneth residía en un pequeño ático, situado en la planta decimocuarta del edificio *Trade Exchange* de Pinecross. Desde los cristales de su piso, dominaba un paisaje espléndido, ya que el edificio era uno de los cuatro o cinco rascacielos con que contaba la ciudad.

Además, le gustaba practicar deporte. No le agradaba que sus articulaciones se enmoheciesen. A los veintinueve años, no le parecía bien comportarse en este sentido como un anciano de ochenta.

De pronto, oyó que llamaban a la puerta.

Barneth frunció el ceño.

Eran las diez y media de la noche. Estaba a punto de acostarse.

La llamada se repitió. Barneth se sintió extrañado, ya que no esperaba ninguna visita a hora tan relativamente avanzada.

Dejó el papel sobre la mesa, salió del despacho, cruzó un saloncito y abrió la puerta.

Un torbellino humano, con ropas de mujer, entró impetuosamente en el piso.

—¡Por favor, sálveme! —pidió ella.

Barneth abrió la boca de par en par.

—¿Sa... salvarla? ¿De qué, señorita?

Ella se volvió y cerró la puerta.

—Me llamo Lyla Mollison —dijo—. Usted es el profesor Barneth.

—En efecto... Oiga, su cara me parece conocida, señorita Mollison.

—Primer curso de Psicología Social, mil novecientos sesenta y cuatro. Entonces tenía yo diecisiete años.

Barneth silbó.

—Claro, ahora la recuerdo. ¡Qué cambiada está, señorita Mollison! Para mejorar, naturalmente —añadió con galantería.

Hacía cinco años que no veía a la muchacha. Lyla había terminado de desarrollarse. Ahora era una mujer en todo el esplendor de su hermosura física. El pelo rubio y los ojos grises, profundos, rasgados, constituían dos de los rasgos más acusados de su bello semblante.

Pero ahora las facciones de la joven aparecían contraídas por la angustia. Barneth se preguntó qué podía ocurrirle para tener tanto miedo y pedirle socorro con tanta aflicción.

—Déjese de requiebros —exclamó ella en tono irritado—. Estoy corriendo un serio peligro, aunque usted no lo crea.

—Bueno, explíqueme de qué se trata. Quizá yo pueda...

El timbre sonó de nuevo.

La cara de Lyla tomó una expresión de terror.

—Ya están allí —exclamó—. Escóndame, por favor, profesor —pidió con vivísima angustia.

Barneth vaciló un instante, pero no tardó en tomar una decisión.

Con la mano, señaló una puerta.

—Métase ahí y no salga —indicó en voz baja.

Lyla no dudó un instante en seguir el consejo. Momentos después, Barneth abrió la puerta del ático.

Delante de él vio a dos sujetos, vestidos correctamente, pero con una expresión en sus caras que le desagradó profundamente.

—¿Puedo servirles en algo, caballeros? —preguntó con gran cortesía.

## CAPÍTULO II

Los dos hombres eran de buena planta física y ambos muy morenos de piel y pelo, aunque evidentemente no pertenecían a la raza negra. Indudablemente pensó Barneth, que poseía asimismo extensos conocimientos de antropología, eran de algún país centroeuropeo.

—Buscamos a una mujer —dijo uno de ellos.

—Se llama Lyla Mollison —añadió el otro.

Barneth meneó la cabeza.

—Soy soltero —confesó.

Uno de los intrusos, que bizqueaba ligeramente, le apartó sin ceremonias a un lado.

—Está aquí —dijo escuetamente.

Y cruzó el umbral.

Barneth no se inmutó. Alargó la mano izquierda y agarró al sujeto por el cuello de su chaqueta, deteniendo su avance en seco.

—No entre —prohibió.

El bizco se revolvió velozmente.

—Estoy empezando a cansarme —gruñó.

Y disparó su puño derecho al rostro de Barneth.

Pero el puño no encontró el blanco que buscaba. En lugar de ello, el bizco sintió que algo parecido a la pata de una mula se le hundía en el estómago.

Gruñó de dolor. Una rodilla le levantó al golpearle en la nariz, lanzándolo de espaldas al suelo.

El otro se quedó parado un instante. Luego saltó contra el dueño del ático.

Barneth, cogido a contrapié, cayó de espaldas. Al levantarse, vio ante sí una pistola de pavonado cañón.

El bizco, sentado en el suelo, se cogía la nariz con ambas manos, mientras que emitía fuertes gruñidos de dolor. Su compañero pegó

un taconazo a la puerta y la cerró.

—¿Dónde está la chica? —preguntó el de la pistola.

Barneth dio un par de pasos hacia atrás.

—No está, insisto —respondió.

El pistolero sonrió malignamente.

—Me gustan los tipos duros —dijo—. Me gusta ablandarlos.

Y saltó hacia Barneth, con ánimo de golpearle en la cabeza con la pistola.

Una mano con dedos de acero se disparó súbitamente hacia arriba. Con el mismo gesto, Barneth hizo un seco movimiento de torsión y la muñeca crujió.

El pistolero lanzó un grito de angustia. Forcejeó un poco, pero un puño le golpeó duramente en la cara, haciéndole soltar la pistola.

Era un tipo duro, sin embargo. Bajó la cabeza y golpeó la frente de Barneth, quien aflojó un poco la presión.

El pistolero se soltó. Su puño izquierdo alcanzó la mandíbula de Barneth, quien dio una voltereta en el aire y cayó al suelo.

En aquel momento, el bizco se ponía en pie.

—Maldito... —rugió, ebrio de furor.

Y se precipitó en ayuda de su compañero.

Barneth se puso en pie de un salto y retrocedió media docena de pasos, cruzando el salón hasta llegar al borde de la terraza. Los pistoleros le siguieron paso a paso.

De pronto, el bizco saltó hacia adelante, corriendo con todas sus fuerzas, agachada la cabeza, al objeto de golpear el vientre del profesor.

Barneth lo esperó a pie firme. En el último instante, salto a un lado, agarró al pistolero por los cabellos y tiró hacia adelante, aumentando así su impulso.

El bizco corrió tres pasos más. Su cara pasó rozando el parapeto de la terraza, la mitad del cuerpo salió fuera y las piernas tropezaron con el obstáculo.

Pero la fuerza de su impulso era excesiva y el tropezón, si bien refrenó su marcha, no la contuvo del todo.

Saltó fuera del parapeto, con las piernas hacia arriba. Un espantoso grito se escapó de sus labios.

El alarido descendió velocísimamente, hasta transformarse en un

estremecedor sonido de carne y huesos machacados al estrellarse contra el pavimento de la calle.

El otro pistolero se quedó aturdido un instante. De pronto, reparó en su arma, caída en el sucio.

Corrió para recobrarla. Cuando ya cerraba sus dedos en torno a la culata de la pistola, un tacón se los aplastó inmisericordemente.

Un grito de dolor se escapó de sus labios. Barneth, perdidos ya los estribos, lo agarró por el cuello de la chaqueta y lo zarandéo furiosamente, hasta que le castañetearon los dientes.

El pistolero se rindió. Abatido, desmoralizado, lanzó un gemido:

—Basta, basta... —suplicó.

Barneth lo empujó violentamente contra la pared más próxima.

—¿Cómo te llamas? —preguntó.

—Pettecka, Harv Pettecka —sollozó el rufián.

«Húngaro o algo así», pensó Barneth.

—¿A quién perseguíais?

—Es... una chica... Se llama Lyla Mollison...

Abajo, en la calle, se oían gritos. Llegó el aullido de una sirena, que se acercaba velozmente al lugar del suceso.

—¿Por qué? —preguntó Barneth.

—No lo sé... Nos dieron la orden de...

—¿De qué?

—Teníamos que llevarla a la esquina de las calles Doce y Southport, es todo lo que sé.

—¿Quién os dio esa orden?

Pettecka apretó los labios.

—¡Contesta o te estrangulo! —rugió Barneth.

—Un... un tipo llamado Ry Hoswiss... por encargo del jefe, dijo.

—De modo que hay un jefe.

—Sí, pero yo no le conozco...

Barneth pensó que ya no obtendría más información. Estaba al corriente de lo que sucedía en la ciudad.

Indudablemente, Pettecka y el pistolero bizco pertenecían a la banda de forajidos que, en tan poco tiempo, se habían hecho los dueños de Pinecross.

Había oído muchos comentarios al respecto, aunque estimaba que ninguno era acertado. La única verdad existente era que los *gangsters* se estaban enriqueciendo a marchas forzadas.

—Está bien, lárgate. Y dile a Hoswiss que no me moleste más; ni conozco a esa Lyla Mollison ni está en mi casa.

Abrió la puerta e hizo dar media vuelta al abatido pandillero. Luego alzó el pie y lo proyectó con todas sus fuerzas hacia adelante.

Pettecka salió catapultado, cruzó el corredor y se estrelló de cara contra la pared del lado opuesto. Luego cayó encogido, hecho un guiñapo, aturdido, incapaz de reaccionar.

Barneth cerró la puerta con doble vuelta de llave. Luego se dirigió a su dormitorio y abrió.

—Ya puede salir, señorita Mollison.

Pero no le contestó nadie. Asombrado, Barneth entró en el dormitorio.

Éste estaba vacío.

Miró en el cuarto de baño. Allí no había nadie.

—No se habrá ido volando —gruñó.

Luego se fijó en la ventana abierta. Daba al otro extremo de la terraza.

Asomó medio cuerpo por el hueco. La terraza estaba vacía.

Barneth se indignó.

—¡Vaya! —dijo, con un resoplido—. Después de todo lo que he pasado por ella, ahora se marcha sin despedirse siquiera.

Meneó la cabeza.

—Siempre fue un poco falta de seso —masculó—. Quizá por eso no acabó la carrera.

Y luego se dispuso a esperar la visita de la policía. Pensaba declarar que no sabía nada de la muerte del pistolero.

Pocos días después, Barneth recibió una carta, sin firma, redactada en los siguientes términos:

«El *Sentinel* está a punto de reaparecer, después de su obligada suspensión por averías en la maquinaria, con otra orientación política y social. Sus ingresos mensuales, profesor, alcanzan a unos quinientos cincuenta dólares, una bonita suma para un hombre soltero y sin gastos excesivos. Por tanto, desprenderse del veinte por ciento de esa suma, no le causará demasiados perjuicios. Alguien se presentará todos los días primeros de cada mes a recoger ciento diez

dólares, como contribución voluntaria suya para el sostén de la viuda y los huérfanos de un desgraciado llamado Abe Goldoni, el cual tuvo la mala suerte de caerse a la calle desde un piso decimocuarto.

»Apenas haya recibido esta carta, insertará en el *Sentinel*, en la columna de “Personales”, un anuncio redactado en esta forma: “LL. B. a

X. X. X.

Completamente de acuerdo. Condolencias a la viuda”».

Barneth sonrió divertidamente.

—Este de las tres equis, tiene un acusado sentido del humor — comentó para sí.

Tal como pronosticaban en la carta, el *Sentinel* reapareció a la semana siguiente.

En la columna de anuncios «Personales» había uno redactado en esta forma:

«LL. B. a

X. X. X.

¡Narices!»

Después. Barneth, que no estaba dispuesto a pagar más impuestos que los que legalmente le correspondían, se armó de paciencia y se aprestó a esperar la que estimaba inminente visita de los sicarios del tipo de las tres equis.

Sonó el timbre del teléfono.

Lloyd Barneth dejó a un lado el volumen de Psicología que estaba estudiando y se levantó. Cruzó el salón y alcanzó el aparato.

—¿Profesor Barneth? —Sonó en sus oídos una voz femenina, antes de que hubiera tenido tiempo de pronunciar una sola palabra.

—Sí, yo soy. Dígame...

—¿Me recuerda? Soy Lyla Mollison.

—¿Ya ha recobrado de nuevo su estructura corpórea?

—¿Cómo dice? —Respingó la muchacha.

—Bueno, como en mi casa se convirtió en un espíritu invisible...

Sonó una argentina carcajada.

—Tiene usted un magnifico sentido del humor, profesor —dijo

—. Escapé por el ático contiguo, aprovechando las terrazas. Lo siento, pero no quería interrumpir sus discusiones psicológicas con aquellos dos alumnos.

—Usted también es una excelente humorista. Bien, ¿en qué puedo servirla?

—Quiero hablar con usted. ¿Le importaría abandonar su bunker intelectual y salir unos minutos a la calle?

—Mi... Ah, sí, ya entiendo —rió Barneth—. Está bien, ¿adónde he de ir?

—Hora, diecinueve cero, cero. Lugar, Calle Novena, número trescientos diecisiete. Punto exacto, la *Red Rocks Tavern*.

—Roger.

—¿Cómo?

—Es la palabra clave de los pilotos de reactor de combate para expresar que dan el enterado de alguna orden transmitida por radio.

—Ah, entiendo. Bueno, terminado y corto.

—Corto y fuera —dijo Barneth en tono no menos bienhumorado que el de la muchacha.

Colgó el teléfono y se contempló a sí mismo durante unos instantes. Luego se dirigió hacia el cuarto de baño.

Eran las seis de la tarde. Tenía, pues, una hora de tiempo para adecentarse convenientemente antes del encuentro con Lyla Mollison.

Treinta minutos después, salía de su casa. Espió el pasillo con todo cuidado. Aunque habían transcurrido ya tres días desde la publicación de su respuesta en el *Sentinel*, todavía no había recibido la visita de los esbirros del hombre que se ocultaba bajo el pseudónimo de las tres equis.

Pero no desesperaba de recibirla y no la temía tampoco; lo que pasaba era que no quería que le encontrasen desprevenido.

El campo estaba despejado. Con paso firme, pero mesurado, se encaminó hacia el ascensor.

### CAPÍTULO III

Entró en, la *Red Rocks Tavern*, un local pretensiosamente decorado según el estilo de ciento cincuenta años atrás, de no mal aspecto a pesar de todo. Estaba relativamente concurrido y Barneth buscó un sitio donde acomodarse.

Una mano se agitó en uno de los compartimientos semirreservados del local. Barneth se encaminó directamente hacia la mesa ocupada por Lyla.

Ella le dirigió una cálida sonrisa.

—Gracias por venir, profesor —dijo—. Siéntese.

Barneth lo hizo frente a ella. Lyla vestía un escotado trajecito veraniego, que dejaba al aire brazos y buena parte de la espalda. Sobre la mesa tenía un bolso a juego.

Un camarero se acercó. Barneth le encargó un doble de escocés. Lyla estaba bebiendo una gaseosa.

—¿Y bien? —dijo él, cuando tuvo la bebida sobre la mesa.

—Se trata de la visita que le hice el otro día —dijo Lyla.

—Siga —invitó él escuetamente.

—Todavía no me ha preguntado por qué me perseguían esos tipos.

—Espero que usted tenga la cortesía de explicármelo, señorita Mollison.

Ella le dirigió una mirada de súplica.

—Me metí en la casa porque no sabía a dónde ir —manifestó—. Subí en el ascensor hasta el último piso, pero pude darme cuenta de que no había podido dar esquinazo a mis perseguidores.

—Y llamó a la puerta de mi piso.

—Sí.

—¿Por qué la perseguían?

—Profesor, ¿ha oído hablar alguna vez de Rob Goldming?

—Jamás.

—Era mi tío.

—¿Era?

—Sí. Murió hace un par de meses. Tenía negocios. Yo era su secretaria personal.

—Y confidencial.

—Por supuesto. Profesor, tengo la horrible sospecha de que mi tío, a última hora, se enredó en alguna clase de sucios negocios. Él no me dijo nunca nada, pero...

—Pero usted cree que había abandonado el camino de la honradez.

El esbelto pecho de Lyla palpitó con fuerza.

—Sí, así fue.

—De negocios limpios a negocios no tan limpios. ¿Qué clase de asuntos sucios son los segundos?

—Pues ése es el caso, que no lo sé.

Barneth parpadeó.

—Entonces, ¿cómo puede decir que su tío se había convertido últimamente en un... en un...?

—Dígalo claramente, en un bandido. Bueno, lo he deducido.

—Explíquese, por favor.

—Hace algunas semanas, vino a visitarme un sujeto a quién yo no conocía, elegante, distinguido, de unos cuarenta años, quien se presentó con míster Gómez. Declaró haber conocido a mi tío Rob, me dio el pésame y luego me preguntó por ciertos documentos de los que yo no tenía la menor idea. Le contesté con la verdad y le dije que no sabía nada de documentos secretos y que mi tío no los había tenido jamás para mí. Míster Gómez pareció darse por contento, se despidió educadamente y se fue.

—¿Nada más?

—Aguarde, profesor —dijo Lyla—. Una semana después, míster Gómez me llamó por teléfono e insistió de nuevo en lo de los documentos secretos de mi tío Rob. Le contesté lo mismo y ahí quedó la cosa... hasta que empecé a notar que era seguida a todas partes.

—Tal vez se trate de algún asunto de espionaje y míster Gómez pertenezca al FBI o una organización similar —sugirió Barneth.

—¿Teniendo como ayudantes a los tipos que entraron en su ático?

—Las organizaciones de espionaje recurren hoy a los medios más insospechados, señorita Mollison.

—Un agente de contraespionaje no recurriría nunca a un pseudónimo tan estrepitoso, máxime cuando no tiene cara de Gómez en absoluto.

Barneth se echó a reír al oír aquella respuesta.

—¿No parece latino?

—Yo diría que es sueco o noruego —contestó ella...

—Entiendo, ¿qué más?

—Bueno, eso es todo. Por lo visto, existen los documentos, pero le juro que yo no los he visto.

—¿No dice que era la secretaria confidencial de su tío?

—También él sabía escribir a máquina.

Barneth se rascó la mandíbula.

—Pudo redactarlos él y esconderlos en alguna parte...

—Sí, pero ¿qué me importa a mí eso, si no sé dónde están?

—Míster Gómez cree que sí lo sabe.

—Y por eso ordenó que me siguieran a todas partes. La víspera del día que entré en su casa, míster Gómez me había llamado de nuevo por teléfono. Ya no era el individuo cortés que yo conocía; llegó a amenazarme, si no le decía inmediatamente dónde estaban esos documentos. Por eso empecé a sentir miedo y...

—Voy comprendiendo. Pero ¿dónde ha estado escondida todo este tiempo?

—Mi tío tenía un chalet de recreo cerca de Placid River. He pasado allí algunos días, hasta que vi un tipo sospechoso merodear por las inmediaciones. Tal vez era un excursionista, pero decidí regresar a Pinecross y contárselo todo a usted. Profesor, no tengo a nadie más que pueda ayudarme —dijo Lyla casi llorando.

Barneth se pellizcó el labio inferior, sumamente pensativo.

—Señorita, en su opinión, ¿de qué trataban los... asuntos sucios de su tío?

—¿Es que no se ha dado cuenta de lo que pasa en la ciudad? Está en manos de una banda de forajidos sin escrúpulos, que explotan descaradamente a las gentes honradas.

—Y usted cree que su tío formaba parte de esa banda.

Lyla inclinó la cabeza en silencio.

Barneth reflexionó.

—Los bandidos siguen haciendo de las suyas, sin que nadie se atreva a denunciarlos. Es evidente que cuentan con una magnífica organización, como lo prueba el escaso tiempo empleado en dominar a la ciudad. Pero ¿quién es su jefe?

Lyla continuaba callada.

—Aquel tipo, Pettecka, me dijo que tenía que entregarla a usted a un sujeto llamado Hoswiss. ¿Conoce usted a Hoswiss?

Lyla sacudió negativamente la cabeza.

—Y Hoswiss obraba por encargo del jefe... del hombre que oculta su identidad bajo ese apelativo o el de X. X. X... y, quizá, también el de mister Gómez. Un individuo muy astuto, ciertamente.

—Sí, pero eso no resuelve mi problema.

—Pensando, puede que lo resolvamos. Lo que sí parece es su ignorancia acerca del lugar dónde están los documentos secretos.

—Así es.

—¿Ha examinado el chalet de su tío?

—Desde el desván al sótano —contestó Lyla—. Y no he encontrado nada, se lo aseguro.

—Está bien, entonces no nos queda más que armarnos de paciencia y empezara buscar por otros sitios.

La cara de Lyla se iluminó.

—Entonces, ¿me ayudará?

Barneth sonrió.

—Soy joven, soltero y me perezco por las chicas desvalidas y bonitas —contestó de buen humor.

Lyla se puso colorada.

—Todavía conservo las llaves del despacho de mi tío —dijo.

—Iremos a dar un vistazo. ¿Qué fue de sus negocios?

—Pensaba retirarse pronto, de modo que, cuando murió, sus abogados hicieron el traspaso a la sociedad con la que ya estaba tratando. Pero sus oficinas privadas no entraban en el trato y yo sigo abonando puntualmente el alquiler.

—Comprendo. En ese caso...

La mano de Lyla se tendió súbitamente a través de la mesa.

—Mire hacia el mostrador —dijo de pronto en voz baja—. Con discreción, profesor.

Barneth volvió la vista.

Había dos hombres hablando con el tabernero, en cuya cara

podían verse las señales de un gran pavor.

—Han venido a cobrar la cuota de protección —dijo Lyla con un susurro.

—Ah, esbirros de míster Gómez.

—Sí, profesor.

Barneth tomó una repentina decisión.

—Espere aquí —dijo—. Volveré enseguida.

Se puso en pie y salió discretamente de la taberna. Su coche se hallaba estacionado a corta distancia.

En el portaequipajes llevaba algunas herramientas de repuesto y también un cable para remolque en caso de necesidad.

Cogió el cable y caminó a lo largo de la acera. Aquel coche negro, dedujo, situado frente a la puerta, debía de ser el de los pandilleros.

Ry Hoswiss y su acompañante, Grant Toomey, salieron de la taberna a los pocos minutos.

—Se resistía el tipo —dijo Toomey desdeñosamente.

—Palabras, nada más que palabras. Tenía que demostrarse a sí mismo que era un valiente, pero acabó por claudicar.

Hoswiss dio la vuelta y pasó al asiento del conductor, mientras su compañero se sentaba a su lado. Hoswiss dio el contacto y arrancó con fuerza.

Casi en el acto, los dos pandilleros se sintieron arrojados hacia adelante, al detenerse el coche con terrible brusquedad. Pero apenas una fracción de segundo más tarde, como el pie de Hoswiss continuaba sobre el acelerador, el coche continuó su marcha con una segunda y terrible arrancada.

Detrás de ellos brotó un potente surtidor de agua. Hoswiss aplicó el freno a fondo y clavó el coche, atónito por lo que estaba sucediendo y que no comprendía en absoluto.

Arrojado sobre el tablero, Toomey había estado a punto de partirse la nariz. Con un pañuelo sobre la cara, profería terribles maldiciones.

Hoswiss volvió la cabeza y contempló asombrado el chorro de agua que surgía de la boca de riego arrancada por el tirón del cable que no podía ver desde su puesto. Casi inmediatamente, surgió un agente de policía.

—De modo que se divierten haciendo broma con las bocas de

riego, ¿en? —dijo el policía en tono sarcástico. Abrió la portezuela posterior y se sentó tras los rufianes—. La comisaría está a la vuelta de la esquina —indicó con escasa amabilidad.

Hoswiss apretó los labios.

Estuvo a punto de negarse, pero consideró que sería mejor pagar la multa que ocasionar un escándalo, por algo que había hecho sin saber muy bien las causas. Mansamente, arrancó y aceleró hasta alcanzar una moderada velocidad.

El cable seguía tras el coche. Ninguno de sus ocupantes se había fijado en él ni tampoco en el gancho final, que arrastraba por el suelo.

Hoswiss siguió su marcha. De súbito, el gancho se introdujo en un imbornal de alcantarilla.

El cable alcanzó su máxima tensión cuando el automóvil rodaba a unos cincuenta kilómetros por hora. Se oyó un espantoso crujido y el eje posterior se desprendió enteramente, con las ruedas, mientras el resto del vehículo se arrastraba por el asfalto, dando unos botes tremendos con un horroroso estrépito.

Al fin, el automóvil se detuvo, para alivio de sus tres ocupantes. El policía fue el primero en apearse.

Estaba furioso. Hoswiss no sabía qué decir.

La gente reía en la acera. Toomey quería que se lo tragase la tierra.

El incidente terminó, cuando el policía se llevó a empujones a sus dos prisioneros. A lo lejos, Barneth y Lyla contemplaban divertidamente la escena.

—Ese coche ha quedado para la chatarra —comentó ella.

—Con lo cual, se han disipado los beneficios de la recaudación de esta noche. ¿Vamos, Lyla?

—Sí, profesor.

Momentos más tarde, Barneth ponía en marcha el motor de su automóvil.

—Los tipos como esos que han robado su dinero al tabernero me crispan los nervios. Desearía cogerlos a todos en un puño y estrujarlos...

—¡Profesor! —exclamó Lyla, sorprendida ante aquella inesperada vehemencia.

—Dispénsame —rogó él, tratando de calmarse—. Es que

también a mí me han amenazado.

—¿Cómo? —Respingó la muchacha.

—Se lo contaré mientras nos dirigimos a la oficina de su tío —  
contestó él—. Lyla, guíeme, por favor.

—Sí, profesor.

## CAPÍTULO IV

Dos horas más tarde, Lloyd Barneth se sentó en un ángulo de la mesa y sacó un cigarrillo, que colgó de los labios.

—Nada de lo que yo he visto me parece que puedan ser esos documentos secretos —manifestó.

Ella se sentó a su lado, igualmente desanimada.

—Tendré que marcharme de Pinecross —dijo—. Y el caso es que la ciudad me gusta, pero por culpa de una banda de rufianes sin escrúpulos...

—No abandone —pidió Barneth—. Debe seguir hasta el final. Su tío formó, tal vez, parte de esa banda, pero la destrucción de la misma está en sus manos.

—Y la ciudad está en poder de ellos. ¿Qué ganaríamos con encontrar los documentos, si nadie se atrevería a ponerles la mano encima?

Barneth calló unos instantes.

—Debe de haber algún procedimiento para combatirlos —murmuró a poco.

—¿Las pistolas?

—No. La psicología.

Lyla se sorprendió.

—¿Qué es lo que quiere decir?

—Soy profesor de esa asignatura, ¿no?

—Ah, ya; usted quiere decir que empleará procedimientos psicológicos para combatirlos. Pero sabe usar muy bien los puños.

—Todo se puede compaginar. Sin embargo, no voy a pasarme el tiempo machacando narices a diestro y siniestro. Si pudiera...

Barneth se calló de repente.

—Apague la luz —susurró—. Viene alguien.

Lyla se inclinó, estiró la mano y apagó la luz del escritorio. Barneth la agarró por un brazo y la llevó en silencio hasta la

habitación contigua.

Se oyeron pasos cautelosos en el despacho. Alguien encendió la luz.

Barneth estaba mirando a través de una rendija. Con tuvo una exclamación de sorpresa al reconocer al recién llegado.

Era Harv Pettecka.

El pandillero abrió los cajones de la mesa y empezó a revolverlos uno por uno. De pronto, oyó un ruidito a su espalda.

Quiso volverse, pero un puño le golpeó duramente en la nuca. Pettecka se desplomó fulminado al suelo.

Barneth se inclinó sobre él y le desposeyó de una pistola y una navaja de resorte.

—¡Lyla!

La chica compareció de inmediato.

—Busque algo para atar a este individuo, cordones de cortinas, por ejemplo. Ah, y mire a ver si hay mallas en el lavabo.

—Sí, profesor.

Minutos más tarde, Pettecka estaba sólidamente atado a un pesado sillón de cuero acolchado, aunque todavía continuaba desmayado. Al terminar su tarea, Barneth le descalzó y ató sus tobillos a los brazos de otro sillón situado junto al anterior, pero frente a frente.

—¿Qué va a hacer usted? —preguntó Lyla, sin comprender muy bien lo que hacía el profesor.

—Ahora lo verá —sonrió Barneth—. Tráigame una jarra de agua, por favor.

Mientras ella volvía al lavabo, Barneth ejecutó una curiosa operación. Luego cubrió la cara del bandido con una de las toallas.

—Yo también... —empezó a decir la chica.

—No —cortó Barneth—. No conviene que la vea. Inmediatamente sabrían de quién se trataba. Escóndase, aunque le permito escuchar. Pero no haga el menor gesto que pueda revelar su presencia en la oficina... pase lo que pase y oiga lo que oiga, ¿estamos?

Lyla asintió. Barneth agitó la mano y ella se retiró.

Luego empezó aregar la cara de Pettecka. El rufián se despertó a poco y empezó a lanzar mil maldiciones al darse cuenta de su situación.

—Está loco, profesor —apostrofó a su oponente—. Usted no sabe con quién se ha metido. Somos muy poderosos...

—Mire sus pies, Pettecka —dijo Barneth fríamente.

El pandillero bajó un poco la vista. Un terrible estremecimiento sacudió su cuerpo.

—¡Rayos, no! —gritó, despavorido de pánico.

En cada uno de los huecos entre la uña y la carne de los diez dedos de sus pies, tenía introducido un fósforo de madera, con la cabeza hacia afuera. Un helado sudor le corrió por el cogote hasta perderse en su espalda.

Pettecka intentó forcejear, pero estaba harto sujeto para conseguir nada. Además, dada su postura y la pesadumbre de los sillones, sus esfuerzos estaban condenados, de antemano, al fracaso.

Barneth, sonriendo, pulsó el interruptor y su encendedor chasqueó y causó una llama.

—¿Hablamos, Harv? —dijo.

—Yo, no sé...

La llama del encendedor se acercó peligrosamente a uno de los fósforos.

—¿Hablamos? —insistió Barneth.

Pettecka estaba a punto de echarse a llorar.

—Esto es una indignidad... —gimió.

—¿Y qué hacéis vosotros con las gentes honradas —le apostrofó Barneth? ¿Obras filantrópicas? ¿Quién es el Jefe? —preguntó de sopetón.

—No lo sé, no lo conozco...

—Pero te entenderás con alguien de categoría que sí lo conoce.

Pettecka tragó saliva.

—Se... se llama Hoswiss...

—¿Dónde vive?

—No lo sé.

—Entonces, ¿cómo te comunicas con él?

—Tiene un número secreto de teléfono...

—Dámelo.

Pettecka apretó los labios. El encendedor, apagado provisionalmente, chasqueo de nuevo.

—¡Espere! El teléfono es

HA-4017...

—Muy bien. Ahora, dime, tú eres uno de los que te encargas de «recaudar» impuestos de protección, ¿no es cierto?

—Sí...

—¿A quién entregas el dinero?

—Bueno, yo...

—Habla, no me hagas perder la paciencia o te quemo los diez dedos de golpe.

Pettecka estaba abrumado.

—Tengo una lista de establecimientos que debo visitar periódicamente —confesó—. Cada vez que recojo una suma, la meto dentro de un sobre, con la indicación de los que han pagado.

—Ese sobre no va al correo —adivinó Barneth.

—No...

—¿Dónde lo depositas?

Pettecka se resistió un instante. Pero la vista del mechero encendido acercándose a los fósforos le ponía los pelos de punta.

—Calle Grover, 70. Es... es una tienda de objetos de regalo...

—¿Tienes hora para echar los sobres con el dinero?

—Siempre después de las doce de la noche —contestó el forajido.

Barneth reflexionó unos momentos.

Era obvio que Pettecka ya no le diría nada más importante. En realidad, había conseguido mucho.

—Está bien. Dime, ¿conoces a un tal míster Gómez?

—¿Míster Gómez? No sé quién es...

Pettecka parecía sincero. Barneth no intentó más preguntas sobre el particular.

—Por último, ¿a qué has venido a este despacho?

El rufián contestó de mala gana:

—Tenía que llevarme todos los documentos —dijo.

—¿Y entregarlos a...?

—Debo llamar a Hoswiss por teléfono. Él me dará instrucciones.

—Está bien.

El puño de Barneth se abatió repentinamente sobre la sien de Pettecka, quien se desmayó de inmediato. Acto seguido, Barneth se quitó la toalla que cubría sus facciones.

—¡Lyla!

La chica salió rápidamente.

—¡Qué tío! —exclamó, admirada—. Ésa sí que es manera de entender la psicología. Confieso que me asusté al principio, pero ese sujeto se rindió enseguida.

—Ya contaba con ello —sonrió el profesor—. Lyla, tenemos que irnos.

—¿Qué va a hacer con este rufián?

Barneth empezó a cortar las ligaduras con la navaja del propio Pettecka.

—La psicología me dice que este rufián cumplirá las órdenes recibidas pero callará que le he obligado a declarar, temiendo posibles represalias de su jefe.

—Sí, yo también lo creo así.

—Por tanto, es mejor que quede libre. Nosotros nos iremos ahora y le dejaremos que cumpla con las órdenes de Hoswiss, a quién, uno de estos días, haré una visita.

—Pero no conoce más que el número de su teléfono.

—Eso es más que nada, Lyla. ¿Vamos?

Abandonaron la oficina. Mientras descendían en el ascensor, ella preguntó:

—Profesor, ¿qué va a hacer usted ahora?

—Emplear la psicología.

—¿No va a informar a la Policía...?

—¿De qué serviría? No podrían hacer nada; están sujetos por unas trabas legales, que a mí no me impiden actuar a mi modo. Otra cosa, ¿dónde piensa alojarse?

—Mi casa estará tal vez vigilada...

—Tome una habitación en un hotel discreto. Llámeme mañana por teléfono y dígame sus señas. ¿Lo hará?

—Sí, profesor —contestó la muchacha.

Instantes después, llegaban a la calle.

—El campo está despejado, Lyla.

—No sé qué decirle, profesor...

—Ya me lo dirá otro día. Ahora, váyase a ese hotel y no salga a menos que sea absolutamente necesario. ¿Entendido?

Un taxi pasaba en aquel momento. Barneth alzó la mano y el chófer se detuvo junto a la acera.

—Adiós, Lyla.

—Buenas noches, profesor.

Durante los tres días que siguieron, Barneth estuvo muy atareado realizando algunos trabajos de mecánica, especialidad para la que poseía cierta habilidad manual.

De cuando en cuando, se comunicaba con Lyla.

La muchacha seguía en su escondite, impaciente por no poder abandonarlo. Barneth le pidió resignación y paciencia y ella contestó afirmativamente, aunque disgustada por la situación en que se hallaba.

Finalmente, Barneth dio por terminados sus preparativos. Entonces, decidió explorar el terreno.

Primero se dirigió a la calle Grover, estacionando el automóvil a cierta distancia de la tienda señalada por Pettecka. Cubrió a pie el resto del trayecto y llegó al establecimiento.

Era una tienda más bien modesta, que vendía objetos de bisutería barata y perfumería de poco vuelo. El dueño era un sujeto de mediana edad y cara melancólica, que parecía muy aburrido de su oficio.

Barneth estudió cuidadosamente la disposición de la tienda, mientras simulaba elegir unos pendientes baratos. El buzón, de boca relativamente ancha, estaba en la puerta, parcialmente encristalada.

Mientras el dueño de la tienda buscaba más pendientes, Barneth se fijó en una especie de aditamento que tenía la puerta por el lado interior, en forma de tubo de sección alargada. El tubo terminaba a ras del suelo.

Éste era de madera. Barneth divisó unas finas líneas que marcaban un pequeño cuadrilátero, justo debajo del aditamento del buzón.

Era una especie de trampilla, que se debía de abrir desde el sótano. De este modo tan ingenioso y, a la vez tan sencillo, el jefe de aquella banda de granujas recibía la «recaudación».

Una duda le asaltó. ¿Cómo controlaba el jefe la recaudación?

¿De qué manera evitaba que alguno de sus secuaces le defraudara en la suma que debía recibir?

Indudablemente, debía tener algún procedimiento de control, y tenía que ser eficaz. Pero esto carecía de importancia por el momento.

Al fin escogió un par de pendientes que le parecieron menos malos, abonó un dólar y medio y salió a la ralle.

«A la noche volveré», prometió silenciosamente.

## CAPÍTULO V

Sonó el teléfono y Barneth levantó el auricular.

—¿Profesor Barneth? —Oyó una voz masculina.

—Sí, yo mismo...

—Soy X.X.X. Le envió la respuesta a su anuncio del *Sentinel*.

Adiós.

No hubo más palabras. Barneth entendió el significado de la frase y se separó rápidamente de la mesita del teléfono.

Apenas lo había hecho, se oyó el

ding-dong

de la puerta. Barneth calculó que el jefe había medido bien el tiempo para hacerle la llamada en el último instante.

La estaba esperando. Tiró de un cordel y abrió la puerta.

Casi en el acto, entraron dos individuos. Barneth no conocía a ninguno de ellos.

Era evidente que la organización contaba con numerosos pandilleros. Todo denotaba la capacidad de planeamiento de un hombre astuto e inteligente.

Uno de los rufianes cerró la puerta. Luego, en unión de su compañero, avanzó hacia el profesor.

Dieron tres pasos. De pronto, se metieron en un cuadrado de aspecto idéntico al del pavimento, pero de naturaleza muy distinta.

Los pies se metieron hasta los tobillos en una sustancia espesa, enormemente pegajosa, que les impedía caminar casi por completo. Los dos forajidos, lanzando sonoras maldiciones, hacían cómicos esfuerzos por despegar sus pies de aquel extraño pavimento.

—Es, simplemente, goma arábica sumamente densa —explicó Barneth con gran amabilidad. Tenía las manos a la espalda y de repente las sacó, armadas con una enorme jeringa, con la que roció las caras de los dos rufianes, hasta vaciar por completo su contenido.

La pegajosidad de la goma les impedía moverse con libertad. Barneth entró en el cuarto de baño y volvió con dos pequeños cubos, llenos de la misma sustancia, que volcó sucesivamente sobre las cabezas de los pistoleros.

Los rufianes, presos en la goma, rugían y farfullaban imprecaciones apenas inteligibles. Hacían esfuerzos por soltarse, pero el embadurnamiento era casi total y cuanto más se movían, más se extendía la goma por sus cuerpos.

—Tengo que salir, amigos —dijo Barneth—. Cuando hayan terminado, pueden irse.

Dio un rodeo y se acercó a la puerta.

—Y recuerdos al jefe —exclamó burlonamente.

Salió a la calle. Subió al coche y arrancó en el acto.

Minutos después, estaba en la calle Grover. Descendió a cierta distancia de la tienda de bisutería y caminó a pie cosa de cien metros.

Encontró el buzón. Un sobre, de forma alargada y de cierto grosor, se deslizó por la abertura al interior.

Barneth continuó su camino con aire apacible. Dio la vuelta a la manzana, volvió a su coche y se dirigió a la redacción del *Sentinel*, donde encargó un anuncio personal redactado en los siguientes términos:

«De LL. B. a

X. X. X.

¿Llamó usted a los bomberos?».

Pagó el importe y se dirigió a una cafetería, en donde permaneció largo rato, divirtiéndose con la cara que pondría el Jefe cuando, al abrir el sobre con el dinero, le estallasen los pequeños petardos que él había puesto en su interior, conectados a un mecanismo de explosión automática por fricción.

Luego, ya bastante tarde, regresó a su casa.

Como esperaba, los forajidos se habían marchado.

Cerró la puerta con doble vuelta, de llave. Se rascó la cabeza.

Limpiar el suelo no iba a ser fácil, pero tenía que hacerlo. Lanzando un suspiro, se dispuso a iniciar la tarea.

A la mañana siguiente, se levantó muy tarde. Tenía apetito y

empezó a prepararse el desayuno.

Lyla le llamó por teléfono.

—Profesor, no lo puedo soportar más. Si no viene a buscarme pronto...

—Iré después de las siete de la tarde. Tenga paciencia hasta entonces, Lyla.

—Conforme, pero no esperaré ni un minuto más, profesor.

—Seré puntual —aseguró Barneth.

El resto del día se lo pasó haciendo cálculos sobre un montón de cuartillas. Trataba de adivinar la forma en que operaba la banda de extorsionistas y los procedimientos seguidos para llevar a cabo un plan tan hábilmente trazado.

Una cosa era evidente: el jefe poseía un cerebro magistral. Todo indicaba una gran inteligencia y una extraordinaria astucia, así como un enorme conocimiento de la psicología humana.

—Si al menos le conociera —se dijo, después de varias horas de intensa labor.

Empezó a pensar en la conveniencia de indagar en las amistades del tío de Lyla.

Ella tenía que conocer a los más íntimos. Hábiles interrogatorios, se dijo, podían darle pistas que resolviesen aquellos enigmas.

Pero mientras tanto, tenía que defenderse de las acechanzas que, sin duda, le plantearía el jefe.

La batalla iba a ser muy dura, no cabía la menor duda.

A las cinco de la tarde, sonó el teléfono de nuevo.

—¿Profesor Barneth?

La voz era de hombre.

—Adelante, míster Gómez. O jefe. O X.X.X... Usted usa indistintamente los tres nombres, ¿verdad?

—Es usted un tipo muy listo, profesor. No, no me hizo falta llamar a los bomberos aunque... dígame, ¿cómo conoció el truco del buzón?

—Consulté mi bola de cristal, míster Gómez.

—Ya, ya... Profesor, yo le aconsejaría que le echara de nuevo un vistazo. Verá en ella cosas muy interesantes.

—¿Por ejemplo...?

El jefe soltó una risita irónica.

—Si se lo digo, no hace falta que la consulte —respondió.

—Comprendo, míster Gómez.

—Un truco excelente el de la goma. Le admiro, profesor... pero no puedo continuar teniéndole por adversario.

—Hasta que barra a su criminal organización, seré su adversario, míster Gómez.

—Consulte a su bola de cristal, profesor —insistió el bandido—. Buenas tardes.

—Adiós, míster Gómez.

Barneth colgó, sumamente preocupado por aquellas palabras.

—¿Qué me habrá querido decir?

Reflexionó durante algunos minutos. Luego meneó la cabeza.

Debía de tener un gran cuidado, fue la conclusión a que llegó. Y empezó a vestirse para ir en busca de la muchacha.

Treinta minutos más tarde, salía a la calle.

Tenía su coche estacionado cerca de la esquina. De pronto, vio a un sujeto hurgando en la portezuela.

—Granuja, quiere robármelo... —masculló.

Y echó a correr, en el preciso momento en que el ladrón se sentaba tras el volante.

—¡Eh, bandido! —gritó.

Súbitamente, brilló una enorme llamarada y se oyó una espantosa detonación.

El coche voló en mil pedazos, literalmente deshecho por la fenomenal potencia del estallido. Barneth cayó al suelo, sintiendo los oídos doloridos a consecuencia de la violencia de la detonación.

Se oían gritos de terror. Un policía hizo sonar su silbato. La gente corría despavorida en todas direcciones.

Barneth se puso en pie. El instinto le hizo saber que lo que menos le convenía en aquellos momentos era permanecer en aquel sitio. Simuló estar asustado y corrió también, lanzando agudos gritos de pánico, que, en el fondo, tenían una buena parte de auténticos.

Había salvado la vida por milagro.

—Es terriblemente peligroso y, más aún, despiadado por completo. Si no hubiera sido por el ladrón, el muerto sería yo ahora en lugar de ese pobre diablo a quién se le ocurrió robar mi coche.

Lyla estaba sumamente pálida.

—Ha escapado usted por milagro —dijo, repitiendo algo que

Barneth ya había pensado—. ¿Qué va a hacer ahora?

—Contraatacar —respondió él sin vacilar.

—¿Por qué no deja que le crean muerto?

Barneth meneó la cabeza.

—Sería inútil. Habrán quedado trozos de su cuerpo, las manos, por ejemplo, suficientes para identificar al ladrón. El jefe lo sabrá bien pronto, de modo que el engaño sería inútil.

—¿Entonces...?

—He pensado una cosa, Lyla.

—Sí, profesor.

—¿Su tío tenía amigos?

—Unos cuantos.

—Dígame los nombres de los que crea usted de mayor intimidad.

—¿Qué piensa hacer?

—Interrogarlos. ¿La conocen a usted?

—Desde luego.

—Entonces, dirá que es mi secretaria... no, mejor dicho, declarará que me ha contratado como detective privado, ya que sospecha que su tío murió asesinado.

—No es mala idea. ¿Y después?

Barneth sonrió.

—Soy psicólogo —dijo sonriendo.

—Entiendo. Pero no puede hipnotizar a la gente.

El profesor se sorprendió al oír aquella objeción.

—¿Por qué dice eso, Lyla?

—Bueno, siempre obtendría respuestas más sinceras.

—No es mala idea... —murmuró él pensativamente—. Sin embargo, no he ensayado nunca el procedimiento de la hipnosis.

—Según para quién, no debe de resultarle demasiado difícil.

—Es posible. De todas formas, y por ahora, recurriré a mis propios métodos. Vamos, Lyla, póngase a escribir y redácteme una lista con los nombres de los sujetos más íntimos de su tío.

Momentos más tarde, tenía la lista en las manos.

—Empezaré por este Fennick Yates... aunque antes tengo que hacer una visita.

—¿A quién, profesor?

—Se llama Hoswiss, Lyla.

—Pero sólo conoce el teléfono, profesor.

Barneth sonrió.

—Me dirán el domicilio —contestó.

—Si no es de la policía...

—Como dije antes, soy un gran psicólogo. Pronto conoceré el domicilio de Hoswiss.

—Bien, pero ¿qué haré yo mientras? Me consumo entre estas cuatro paredes...

—Espere a que la llame. Entonces, iremos los dos a visitar a Fennick Yates.

Lyla lanzó un suspiro de resignación.

—Está bien, como usted mande, profesor —dijo.

—Me pidió que la ayudara. Lo estoy haciendo, pero debe darme carta blanca y obedecer mis consejos, Lyla.

—Sí, profesor... pero no prolongue mucho más mi encierro.

—Será breve, se lo aseguro.

## CAPÍTULO VI

Ry Hoswiss oyó el timbre de la entrada y abrió la puerta. Inmediatamente, un puño se estrelló contra su mandíbula y lo dejó sin sentido.

Cuando despertó, se encontró atado como un salchichón y con los pies descalzos. El hombre que le había golpeado sonreía apaciblemente.

—Hola, Ry —saludó—. ¿Me conoce usted?

Una torva mueca se formó en los labios del pandillero.

—El profesor —gruñó.

—Exactamente, el mismo. Ry, mire sus pies, por favor.

—Quíteme esos malditos fósforos...

Barneth encendió un cigarrillo con perfecta calma.

—Hablemos antes, ¿quiere? —Enseñó una caja llena de fósforos—. Tengo repuestos, por si diez no son suficientes para que despegue los labios.

Hoswiss sudaba.

—No hablaré...

Barneth acercó la llama de su encendedor al primer fósforo.

—¿De veras, Ry?

—¡Quite de ahí ese maldito mechero! —chilló el rufián—. Hablaré, condenado bastardo...

—Pero moderando las expresiones o encenderé un fósforo cada vez que suelte un taco.

—Está bien, está bien, usted gana. ¿Qué quiere saber?

—En primer lugar, ¿por qué tanto interés en Lyla Mollison?

—Lo mandó el jefe —contestó Hoswiss de mala gana.

—¿Quién es el jefe?

—¿Acaso cree que lo sé? No le he visto nunca.

—Entonces, ¿cómo trabaja para él?

—Porque me contrató, naturalmente.

—Mediante un anuncio en el periódico.

—No. Yo vivía en Chicago. Él me escribió, acompañando quinientos dólares a la carta. Si aceptaba, tenía que poner un anuncio en el *Tribune* de allí.

—¿Y...?

—Puse el anuncio. A los pocos días, el jefe me envió otra carta, con las llaves de este piso, añadiendo que debía venir inmediatamente y que ya recibiría instrucciones por teléfono.

Barneth asintió.

Las declaraciones de Hoswiss eran perfectamente admisibles.

Hoswiss, y otros como Hoswiss, eran el resultado de un plan largamente madurado e inteligentemente ejecutado. Sin duda, el jefe habría empleado muchísimo tiempo, tal vez un año o dos, en perfilar los detalles.

Luego, una vez elaborado el plan y eliminados posibles defectos, había sido puesto en práctica con devastadora rapidez.

—Usted con otro compinche, se encarga de «recaudar», ¿no es cierto?

—Sí, señor.

Una idea se le ocurrió de repente a Barneth.

—Imagino que tendrán una zona asignada —dijo.

—Así es...

—Ry, usted me dará una lista de los establecimientos que saquean.

—Me pide demasiado...

—Le advierto que no me importaría en absoluto que usara silla de ruedas durante el resto de sus días —exclamó duramente el profesor.

Hoswiss se estremeció.

—Usted gana —rezongó, derrotado.

—De acuerdo. Ah, una cosa ¿a cuánto asciende la recaudación semanal de su sector?

—Unos cinco mil dólares.

—¿Y el sueldo suyo?

—El cincuenta por ciento para nosotros.

—Es decir, unos dos mil quinientos dólares semanales.

—Sí, señor.

—¿Cómo y cuándo cobran ese sueldo?

—Hacemos la deducción al liquidar. En la remesa, va una nota con la lista de los establecimientos que han pagado y si ha habido morosos...

—Claro —sonrió Barneth—. El jefe fijó de antemano lo que debía pagar cada «protegido», ¿no es cierto?

Hoswiss se encogió de hombros.

—Supongo —gruñó.

—Bien, ahora dígame cómo se comunica con el Jefe.

Hoswiss señaló el teléfono con la mandíbula.

—¿Cuál es su número? —preguntó el profesor.

—No lo sé. Yo no le llamo nunca. Él lo hace siempre.

—¿A qué hora?

—No tiene hora fija. Lo mismo me llama a las doce del mediodía que a las cuatro de la madrugada.

«Y, probablemente, desde teléfonos distintos, a fin de evitar ser localizado», pensó Barneth.

—¿A cuántos más conoce usted, que trabajan para el Jefe?

—Muy pocos —contestó Hoswiss—. Toomey, Burns, Pettecka... y el que se mató al caer desde su terraza.

—Una organización muy inteligente, ¿eh? Células compartimentadas, sin conexión entre sí, salvo con el Jefe. ¿No es cierto?

Hoswiss hizo un movimiento de hombros.

—Quizá —admitió de mala gana.

Barneth sacó del bolsillo una agenda y un lápiz.

—Ahora, deme la lista de los establecimientos de su sector —pidió.

Hoswiss estaba desmoralizado y habló sin más resistencia. Barneth observó una cosa: algunos de los negocios extorsionados se hallaban en lugares muy distantes entre sí, incluso en extremos diametralmente opuestos.

Podía decirse que Hoswiss y su célula no atendían sino muy raramente a negocios situados en una misma calle. Barneth comprendió inmediatamente los motivos del procedimiento.

En el primer momento, había llegado a pensar que el sector de Hoswiss era un barrio de la ciudad, una determinada cuadrícula, con unos límites bien definidos, dentro de los cuales Hoswiss y sus tres compinches «reinaban» por delegación del jefe. No era así.

El hecho de extorsionar a negociantes situados en distintos parajes de la ciudad obedecía al hecho de que, de esta manera, resultaba más difícil la posible localización de los pandilleros. Una vez más, aquel detalle demostraba la fabulosa capacidad de organización y la inteligencia del jefe.

Hoswiss no conocía más que a aquellos tres sujetos Con Goldoni, el defenestrado, habían sido cinco. Barneth conocía la ciudad y dado el volumen de sus establecimientos de negocios, locales comerciales, bares, tabernas, teatros, salas de fiestas y demás, calculó que no debía de haber menos de diez células de a cinco individuos cada uno.

Cincuenta *gangsters* en total. Si cada célula obtenía cinco mil dólares semanales de media, el total era cincuenta mil. Más de doscientos mil al mes... unos dos millones y medio al año. Aunque los gastos del jefe ascendiesen al cincuenta por ciento, aparte de algunos imprevistos, era fácil suponer que le quedaba de beneficio neto una suma muy superior al millón de dólares.

Una cifra mareante, por la cual valía la pena haber perdido un año o dos en organizar la expoliación de la ciudad.

Ahora sólo faltaba saber una cosa.

¿Quién era el jefe?

Guardó la agenda y el lápiz.

—Es suficiente —dijo, a la vez que se ponía en pie.

—Si se marcha, suélteme —gruñó Hoswiss.

—Que le suelte su tía —sonrió el profesor.

En aquel momento, se abrió bruscamente la puerta y un hombre apareció en el umbral.

Hoswiss lanzó un grito:

—¡Jake, «despénalo»!

Era Jake Burns. El forajido se quedó momentáneamente asombrado al ver a un extraño con su compinche, así como la extraña postura de éste.

Pero no tardó en reaccionar. Cerró de un taconazo y echó mano al interior de su chaqueta.

No obstante, los dos o tres segundos que perdió mientras se hacía cargo de la situación le resultaron funestos. Barneth no era hombre de tardías reacciones. Lo primero que hizo fue agarrar una silla.

El pequeño mueble giró horizontalmente y alcanzó de lleno el pecho de Burns, lanzándolo hacia atrás. Burns aulló de dolor y chocó contra la pared, pero no cayó al suelo.

A pesar del dolor que sentía, insistió en sacar la pistola. Barneth le atacó de otra manera, clavándole en el estómago dos de las patas de la silla. El forajido se inclinó, emitiendo un gemido agónico.

Entonces, Barneth, con toda delicadeza, estiró la mano izquierda, cogió a Burns por el cuello de la chaqueta sin dejar de sostener la silla con la mano derecha, y le hizo dar tres o cuatro pasos hacia adelante, encorvado como estaba.

La silla ascendió un poco y volteó en sentido descendente con irresistible ímpetu, alcanzando al rufián en su prominente final de espalda. Burns dio un salto hacia adelante, corrió por efectos del golpe, atropelló a su compinche y ambos cayeron al suelo en un confuso revoltijo, del que salían invectivas y ayos en cantidades equitativas.

Sonriendo tranquilamente, Barneth se sacudió el polvo de las manos, abrió la puerta y abandonó el piso sin ser molestado.

Sentíase satisfecho. La conversación con Hoswiss, sin que pudiera decir que le hubiese proporcionado la consecución del objetivo principal, había resultado sumamente provechosa.

Estaba llegando a su casa, cuando vio parado un automóvil frente a la puerta del edificio.

Barneth retrocedió un par de pasos y se guareció tras la esquina inmediata. El aspecto de aquel vehículo no le gustaba en absoluto.

Era un coche corriente, en apariencia, pero que, en su opinión, no tenía por qué estar allí. Había dos hombres en el asiento delantero. ¿Le esperaban?

Lamentó no haberle cogido a Hoswiss una pistola. Pero ya era tarde para reparar el error.

Tenía dos alternativas: retroceder o seguir adelante.

En este caso, corría el peligro de caer en la emboscada que, sin duda, le había tendido el Jefe. Era obvio que aquellos dos individuos estaban allí para ametrallarle apenas le vieran dirigirse a su casa.

Esperó unos momentos en la esquina. El coche continuaba en el mismo sitio. Sus ocupantes fumaban apaciblemente.

De pronto, se le ocurrió una idea. Sonriendo, retrocedió dos

manzanas hasta alcanzar una estación de servicio a cuyos empleados conocía sobradamente.

—Necesito una lata con cinco o diez litros de gasolina —pidió.

—Sí, profesor —contestó el empleado de noche.

Barneth abonó el importe de la lata y regresó andando, hasta llegar a la esquina de su casa. Se asomó de nuevo; el coche continuaba en el mismo sitio.

Los pandilleros estaban vueltos de espaldas a él. Barneth destapó la lata y, acercándose cautelosamente a la acera, la invirtió, de modo que el contenido empezó a caer al arroyo, pero junto al bordillo.

La gasolina se deslizó silenciosamente hacia adelante. Barneth había calculado bien; la calle hacía una ligerísima pendiente, apenas perceptible, que no habría provocado el deslizamiento de un vehículo desfrenado, pero no pasaba lo mismo con los líquidos, tendientes siempre a buscar el nivel más bajo.

Por fortuna, no había ningún otro vehículo entre él y el coche de los bandidos. Era otra circunstancia que Barneth había tenido en cuenta.

La lata quedó vacía. Barneth sacó un fósforo y lo arrojó sobre la gasolina, lanzándose inmediatamente hacia atrás.

El combustible se inflamó en el acto. Un reguero de llamas corrió hacia el automóvil.

Sonó un grito de alarma. Los pistoleros volvieron la cabeza sobresaltadamente.

En aquel momento, las llamas alcanzaron al coche. Los ocupantes saltaron precipitadamente, aterrados por aquel reguero de fuego cuyo origen se les antojaba misterioso.

Echaron a correr, mientras las llamas envolvían por completo al vehículo. Barneth sonrió satisfecho.

Se oyó a lo lejos un pito policial. Los pandilleros huyeron a la carrera, perdiéndose de vista en pocos segundos.

Ya se oía a lo lejos el alarido de una sirena. Barneth buscó una cafetería próxima, en donde dejó pasar el rato, hasta que calculó que todo había terminado ya.

Entonces regresó a su casa. El coche de los bandidos era un montón de chatarra ennegrecida.

De los esbirros del jefe no había el menor rastro, pero Barneth

no se confió.

Sabía que, en cuanto pudieran, volverían a atentar contra él. Era preciso, por tanto, buscar la manera de protegerse eficazmente.

## CAPÍTULO VII

Por la mañana, Barneth telefoneó a Lyla, preguntándole cuál era la mejor hora para visitar a Yates.

—Le pediré hora a su secretaria... —sugirió la muchacha.

—No, no le prevenga. Es mejor llegar sin previo aviso. ¿Le parece bien que vaya a buscarla a las once?

—De acuerdo, profesor.

Barneth se metió en el cuarto de baño. Estaba a medio afeitarse, cuando sonó el teléfono.

Inmediatamente, se figuró de quién se trataba. Cerró el contacto de la maquinilla de afeitar y se dirigió hacia la salita.

—Buenos días, profesor —saludó una voz irónica.

—Hola, míster Gómez —contestó el joven—. ¿Ha pasado ya la nota al Seguro para que le indemnicen del coche que se le quemó anoche?

—Tipo listo. ¿Cómo supo que le esperaban?

—Porque los ocupantes del vehículo no fueron listos. Sólo les faltó llevar un cartel, como los que se usan en las manifestaciones de protesta, que dijera: «Estamos aquí para liquidar a un tal Barneth», y, además, repartir octavillas criticando mi actuación contra la ola de crímenes que ha desencadenado usted.

—Admito que no lo hicieron bien —dijo el jefe—. Tendré que buscar otro procedimiento. No se olvide de consultar su bola de cristal.

—Si me diera su dirección, le regalaría una —dijo Barneth—. A usted también le conviene usarla de cuando en cuando.

—¿Lo dice en serio, profesor?

—Si no tiene su bola de cristal, no podrá saber que anoche Hoswiss y yo sostuvimos una conversación muy interesante.

Hubo una pausa de silencio.

—Me está resultando demasiado listo —gruñó el jefe—. ¿Qué le

dijo Hoswiss?

—Muchas cosas, todas ellas sin desperdicio...

—Pero es un tipo duro; usted no pudo obligarle a que hablase... Barneth soltó una alegre carcajada.

—Hasta el tipo más duro pierde la moral cuando se ve las uñas de los pies llenas de fósforos a punto de arder.

—Conque era eso. Y usted le sorprendió.

—Como a un corderito. Claro, la ventaja que tiene usted es que nunca ha dado su teléfono; siempre es el que llama a Hoswiss, u otros como Hoswiss, para impartirles instrucciones y siempre, calculo, desde teléfonos distintos. ¿Me equivoco?

—¿Por qué me habré tropezado yo con usted? —dijo el jefe, con fingido acento de dolor—. Usted es la fuente de todas mis tribulaciones, el origen de mis dolores de cabeza...

—Lo siento, pero esta amistad nuestra no puede tener más que un fin, míster Gómez.

—Su fin, profesor.

—Se lo diré, cuando hayamos reñido la última batalla. ¿Algo más?

—No. Solamente quería decirle que esta vez, su bola de cristal no captará bien la onda. Adiós, profesor.

La comunicación se cortó bruscamente.

Barneth se quedó un momento pensativo. ¿Qué había querido decirle el jefe?

La respuesta era sumamente sencilla: estaba preparándole una nueva trampa.

Y tal vez ahora no pudiese eludirla como las anteriores.

En el primer momento, pensó en adquirir un arma, pero desechó la idea apenas concebida. Sabía cómo se disparaba una pistola, pero carecía en absoluto de puntería.

Su arma más eficaz, se dijo, debía ser la psicología. Si ésta le fallaba...

Terminó de arreglarse y se dispuso a salir a la calle. Entonces divisó en la acera opuesta a un sujeto que leía el periódico, apoyado en la pared opuesta.

Se felicitó por haber mirado por la ventana. Aquel sujeto, evidentemente, estaba allí para vigilar el menor de sus movimientos.

No lejos divisó un coche parado. Otro individuo permanecía tras el volante, enfrascado en la lectura de una revista.

Barneth reflexionó durante unos momentos. Al fin, creyó haber encontrado la solución.

Bajó a la calle y cruzó a la acera opuesta. El primer vigilante le miró de modo furtivo por encima de su periódico.

Barneth caminó a lo largo de la acera. Al llegar junto al automóvil sospechoso, abrió la portezuela posterior y se metió dentro.

El conductor le miró sobresaltadamente.

—Al hotel Marina —ordenó Barneth con toda tranquilidad.

—Esto no es un taxi...

—El jefe les ha ordenado que me vigilen. Cumplan sus órdenes.

El pandillero estaba atónito. Su compañero se acercaba dando grandes zancadas.

—Vamos, ¿a qué esperan? ¿No están aquí para seguir todos mis pasos?

El desconcierto del conductor era patente. Su compinche llegó en aquel momento.

—¿Qué sucede, Armand? —preguntó.

—Es... bueno... el tipo este...

—El tipo este soy yo —dijo el profesor amablemente—. Puesto que mi automóvil voló en mil pedazos, es justo que utilice los del jefe. ¡Vamos, al hotel Marina!

Los dos pistoleros se consultaron con la mirada. Luego, el que había estado parado en la acera, su encogió de hombros.

—De todas formas, lo mismo da ir con él, que detrás de él. ¡Al hotel Marina, Armand!

—Tú mandas, Kolpin —contestó el chófer—. Profesor, ¿dónde diablos está ese hotel?

Barneth se echó a reír.

—¡Lo ven! Ustedes me conocían a mí, mientras que yo no les conocía a ustedes. Así, obrando como buenos amigos, ustedes me ahorran el importe de una carrera de taxi, mientras yo les evito la tensión de nervios que supondría pensar que tal vez yo les podría dar esquinazo. Calle Séptima, número doscientos noventa y cuatro.

—Sí, señor —contestó Armand, a la vez que daba el contacto.

Diez minutos más tarde, el coche se detenía ante la puerta de un

edificio.

—Esperen aquí. Tardaré muy poco en volver —dijo Barneth, sonriendo amablemente.

Y entró en el hotel.

Lyla Mollison apartó las cortinillas ligeramente y miró hacia abajo.

El coche de los forajidos esperaba junto al bordillo de la acera.

—No sé cómo ha tenido usted valor para venir con ellos —dijo la muchacha, estremeciéndose.

Barneth sonrió.

—Míster Gómez ha ordenado que sigan todos mis pasos. Ellos se limitan a cumplir sus órdenes y, ¿qué mejor forma de hacerlo que transportándome gentilmente en su automóvil?

—Pero los que le aguardaban anoche no estaban frente a su casa sólo para vigilarle.

—Desde luego, aunque ya les di un buen escarmiento.

Lyla se volvió repentinamente hacia él.

—Profesor, su buena suerte no puede continuar siempre —exclamó—. Abandone usted se lo ruego.

Barneth movió la cabeza negativamente.

—Ya es tarde —contestó.

Lyla se mordió los labios.

—Si le ocurriese algo, yo sería la culpable...

—¿Qué habría pasado, de no haber llamado a la puerta de mi casa, Lyla?

—No especulemos con el pasado. Los hechos sucedidos ya no se pueden alterar. Será mejor que miremos hacia adelante... y el panorama, la verdad, es muy negro.

—Yo no opino así. Ya le dije que tenía un arma muy poderosa.

—¿La Psicología?

—Exactamente.

—Míster Gómez no es tonto precisamente, profesor.

—Lo sé. Pero ¿no habíamos quedado en visitar a Yates?

Lyla señaló hacia la calle.

—¿Qué me dice de los centinelas, profesor?

—Pues... que a menos que me equivoque, a ninguno de los dos se les ha ocurrido pensar que el hotel tiene dos salidas.

Lyla miró a Barneth un instante. Luego rompió a reír.

—¡Menudo grano en el cogote le ha salido a míster Gómez! — exclamó.

—Le saldrá, Lyla, le saldrá —dijo él riendo también—. ¿Vamos?

La secretaria de Fennick Yates no les hizo esperar demasiado tiempo. Apenas dos minutos después de anunciada la visita, entraban en su despacho.

Fennick Yates resultó ser un atildado caballero, cercano a los sesenta años, de maneras suaves y tono mesurado, quien negó rotundamente cualquier sospecha de que su difunto amigo, Rob Goldming, se hubiese enredado en negocios sucios poco antes de morir.

—Para mí no existió jamás otro hombre tan cabal y honrado en sus tratos —declaró Yates enfáticamente.

Barneth agradeció la información y, después de agradecer y pedir perdón por las molestias, se puso en pie, en lo que Lyla le imitó igualmente.

Salieron del despacho.

—No hemos conseguido nada —dijo ella, desanimadamente.

—Sí, hemos conseguido una cosa —contradijo Barneth.

—¿Cuál, profesor?

Lyla le miró con interés.

—Muy sencillo. Yates no es míster Gómez.

—Es cierto. El aspecto fisonómico de ambos no coincide en absoluto.

—Usted dijo que se trataba de un hombre alto, distinguido, de unos cuarenta años. Yates es más bien grueso, aunque no de una obesidad muy acusada y de mediana estatura. Además, está rondando los sesenta años. Por tanto, debe quedar descartado como sospechoso, a menos que...

—¿A menos... qué, profesor?

Barneth reflexionó unos instantes.

—Hace días que me ronda por la cabeza una idea —murmuró—. Pero no quiero decir nada, hasta que tenga ocasión de comprobar si estoy en lo cierto o es una idea equivocada.

—¿Y cómo lo sabrá?

—Esperando. No nos queda otro remedio que esperar. ¿Qué día es hoy, Lyla?

—Miércoles...

—Entonces, esperaremos hasta el viernes.

—¡Horrible! ¿Tengo que pasarme dos días más en ese hotel?

—A menos que prefiera estar en mi casa...

—No se discuta más. Vamos a su casa —decidió ella tajantemente.

## CAPÍTULO VIII

—¿Cómo llegó a conocer el domicilio de Hoswiss? Usted no sabía más que su número de teléfono...

Barneth sonrió mientras vertía café sobre la taza situada delante de la muchacha.

—Fui a la central de teléfonos y le conté un cuento lacrimoso a una de las telefonistas —explicó—. Ella es joven y no mal parecida y lo mismo me pasa a mí. Le hablé de la supuesta infidelidad de una esposa a la cual adoro y de que quería encontrar pruebas para divorciarnos. Acabó llorando conmigo y me facilitó los datos que necesitaba.

—¡Qué granuja! —exclamó ella, riendo.

Luego consultó la hora.

—Hemos llegado aquí a mediodía. Son las siete de la tarde y todavía no...

El teléfono sonó en aquel momento.

—Allí está míster Gómez —dijo Barneth.

Levantó el aparato.

—Casa del profesor Barneth...

—Hola, tipo listo. Dio esquinazo a mis hombres —habló el jefe.

—Sí. ¡Fue tan sencillo!

—¿Qué hizo después?

—Estuve visitando a un tipo llamado Fennick Yates.

Hubo una pausa de silencio. Barneth guiñó un ojo a la muchacha.

—Ha dicho Yates —habló el jefe por fin.

—¿Se lo deletreo?

—No, no es necesario. ¿Qué le dijo Yates, profesor?

—Oh, no me gusta ser indiscreto. Pero sí me dijo cosas muy interesantes. Naturalmente, no se las voy a repetir a usted, míster Gómez.

—Está bien.

Sonó un fuerte «klik». Barneth dejó el aparato sobre la horquilla y se volvió hacia Lyla.

—Era el jefe —declaró—. Está furioso.

—¿Por qué, profesor?

—A causa de nuestra visita a Yates. Empiezo a ver que mi idea se convierte en realidad.

—Bien, pero ¿cuál es esa idea?

—Sencillamente, un grupo de ciudadanos de Pinecross se han unido para exprimir a la ciudad.

Lyla se quedó con la boca abierta.

—¡Cielos!

—Y su tío Rob era uno de esos ciudadanos.

—No puedo creerlo —murmuró ella, meneando la cabeza.

—Por ahora, no son más que suposiciones. Sin embargo, y aunque sea doloroso decirlo, estimo que acabarán confirmándose.

La muchacha se sintió súbitamente deprimida.

—No comprendo cómo tío Rob pudo tomar parte en un asunto tan horrible —murmuró.

Barneth calló unos momentos. ¿Qué podía decir a quién acababa de perder repentinamente sus ilusiones?

Al cabo de un rato, ella se sintió con fuerzas para hablar de nuevo.

—Profesor, ¿por qué dijo que era preciso esperar hasta el viernes? —preguntó.

Él la contempló especulativamente de arriba a abajo durante unos segundos.

—Tengo que comprarle un vestido distinto y una peluca. Además, se pondrá unas gafas oscuras.

—¿Para qué? —se sorprendió Lyla.

—Primero, para cambiar de aspecto. Segundo, para hacer de espía.

—¿Dónde debo espiar?

—El viernes es día de «recaudación». Ese día, usted y yo, por separado, recorreremos distintos puntos de la ciudad, procurando buscar sitios donde vaya una pareja de hombres a hablar con el dueño. Luego habrá que seguirlos hasta el «buzón» donde arrojen el producto de la recaudación. ¿Me ha comprendido?

Los ojos de la muchacha brillaron.

—Desde luego —contestó, entusiasmada—. Pero ¿cómo nos pondremos en contacto, si actuamos por separado?

Barneth sonrió.

—Compraré dos pequeños transmisores de radio portátiles, de esos que Santa Claus regala a los niños.

—Entendido. ¿Y después?

—Paso a paso, conseguiremos llegar hasta la guarida de míster Gómez. Es el único procedimiento, Lyla.

—Sí, profesor...

—Oiga, deje ya de llamarme profesor. No estamos en la Universidad... y mi nombre es Lloyd, por si no se acordaba.

—Sí, profe... digo, sí Lloyd...

—Pero puede llamarme por el apelativo familiar. Mi madre me llamaba siempre Timmy.

Los ojos de Lyla resplandecían de un modo extraño.

—Sí, Timmy.

—Bien, y ahora, por favor, dígame el nombre del siguiente amigo de su tío, para ir a hacerle una visita. Ah, usted se quedará sola aquí, pero no debe abrir a nadie. Puesto que yo me llevaré la llave, eso significa que cualquiera que solicite entrar, debe ver rechazada su petición... con el silencio más absoluto. ¿Entendido?

—Sí, Timmy.

—De acuerdo. ¿Cómo se llama ese amigo de su tío?

—Harven Dooley y vive en la Avenida Atlantic, 600.

Harven Dooley resultó ser un sujeto de unos sesenta y tantos años, regordete y sonrosado con el pelo completamente blanco y la sonrisa siempre a flor de labios. Se mostró pasmado cuando el profesor le hablo de las relaciones de su viejo amigo Rob Goldming con el bandidismo recién brotado en la ciudad. Hábil psicólogo, Barneth le interrogó a fondo, pero no pudo sacar nada de provecho.

La entrevista le defraudó.

Había esperado algo más, aunque ya era de suponer que si Dooley y Yates estaban complicados en el asunto, se mostrarían cautos. En todo caso, una cosa era segura: no estaban dispuestos a cometer un resbalón.

Aparentemente, no estaban complicados —y podía ser que, efectivamente, fuesen inocentes—; pero Barneth tenía un vago

presentimiento de que el despojo de que la ciudad había sido objeto era algo concertado entre varios individuos, uno de los cuales había sido Rob Goldming.

En tal caso, era preciso conocer el papel de Goldming dentro de la «sociedad». ¿Miembro fundador? ¿Directivo?

Otra cosa que estimaba segura era que la «sociedad» no se había puesto en marcha sin un capital inicial para organización y «atracción» de los pandilleros que debían ser los ejecutores de las órdenes recibidas del Jefe. Había sido muchos meses de preparación y esto requería un gasto notable que, a su entender, sólo personas adineradas podían haber soportado.

Tendría que seguir interrogando a los amigos de Rob Goldming. Pero el viernes se echaba encima y era preciso actuar.

Era casi de noche, cuando Barneth entró en una cafetería para tomarse un refresco. Sentóse en un ángulo del mostrador y pidió la bebida...

Ya había tenido varios contactos con la muchacha, que se movía por otros lugares de la ciudad. Hasta el momento, sin embargo, ninguno de los dos había visto nada sospechoso.

Bebió pausadamente, sin prisas, fumándose algunos cigarrillos para entretener la espera. Empezaba ya a desconfiar de su idea cuando, de pronto, vio entrar a dos sujetos que se dirigieron rectamente hacia el mostrador.

En el mismo instante, Barneth tuvo el presentimiento de que aquellos dos individuos eran sicarios de mister Gómez. Buscó con la vista al dueño del local y lo vio con las facciones contraídas por una expresión de rabia impotente.

Agazapado en una esquina, simulando ser un cliente aburrido, Barneth aplicó los labios al transmisor, oculto por la palma de la mano izquierda.

—Lyla, Lyla... —llamó suavemente.

—Sí, Timmy.

—Escuche, estoy viendo a dos «recaudadores». Me encuentro en la calle Veinte, trescientos setenta. No se mueva de dónde está por ahora.

—Bien, Timmy.

—Llamaré en cuanto pueda. Corto, Lyla.

—O. K.

Barneth cortó la comunicación. El transmisor era poco mayor que un paquete de cigarrillos y pudo guardarlo sin dificultad.

El dueño del local entregó a los pandilleros unos billetes. Los rufianes charlaron unos momentos en tono casual, sonriendo incluso, y luego se dirigieron hacia la salida.

Barneth siguió tras ellos, segundos más tarde.

La pareja embarcó en un automóvil estacionado en la puerta. Barneth se sentó tras el volante del que había alquilado la víspera y los siguió discretamente.

Los forajidos no se dieron cuenta de que eran seguidos. Así, Barneth pudo verles entrar en dos o tres establecimientos más, todos ellos bares y tabernas.

—Las tiendas y comercios de su demarcación han sido visitados durante el día —calculó mentalmente.

A las nueve de la noche, la pareja entró en un edificio de apartamentos. Barneth dejó su coche en un lugar discreto y exploró cautelosamente el vestíbulo del edificio.

Allí no entregaban la recaudación, supuso. Era preciso continuar la vigilancia, hasta conocer el sitio donde los pandilleros depositaban el dinero recogido durante todo un día de extorsión.

Sacó el transmisor y llamó a la muchacha.

—Lyla.

—Le oigo, Timmy.

—Reúnanse conmigo. Calle Whitney, esquina con la Primera Avenida. Tome un taxi y haga que se detenga dos manzanas antes de llegar a la calle Whitney.

—Sí, Timmy. ¿Nada más?

—Eso es todo por ahora.

La muchacha llegó al lugar de la cita veinte minutos después. Con el vestido que Barneth le había comprado, la peluca negra y unas gafas de estudiante, tenía un aspecto completamente distinto al suyo habitual.

—¿Qué ha visto, Timmy? —preguntó, después de los primeros saludos.

—Están en aquella casa —indicó él—. Ahora tenemos que esperar a la media noche.

—¿Por qué tanto? —se extrañó Lyla—. Apenas son las nueve y media...

—Los otros también entregaban su dinero a la media noche.

—¡Ah! —murmuró ella pensativamente.

El tiempo pasó con gran lentitud. Poco después de las once y media, cuando Barneth empezaba a desconfiar de sus propias afirmaciones, vieron a un individuo que salía de la casa.

—Ahí está —exclamó el profesor.

El pandillero subió a su automóvil, lo puso en marcha y se alejó rápidamente.

Barneth arrancó a los pocos segundos tras el bandido, procurando seguirlo de lejos. Diez minutos más tarde, lo vieron, apearse y cruzar la acera, para regresar escasamente treinta segundos más tarde al automóvil y arrancar de nuevo.

—¡Allí es! —exclamó Lyla excitadamente—. Timmy, ¿qué va a hacer usted ahora?

Barneth sonrió.

—¿Quiere saberlo?

—Por supuesto.

—Venga conmigo.

Se apearon del coche y recorrieron a pie un trecho de unos sesenta o setenta metros. No tardaron en llegar al lugar donde había estado el pandillero unos momentos antes.

Era una tienda donde se vendían juguetes baratos y artículos de broma. La puerta estaba cerrada, pero, como en otro lugar ya conocido, había un buzón.

Barneth tenía en la mano un paquete parecido a un libro delgado, envuelto en un papel y sujeto por medio de un delgado cordel. Un trozo del cordel quedaba suelto y Barneth le pegó un seco tirón, lanzando el paquete acto seguido a través de la ranura.

—Vámonos, Lyla —dijo él, a renglón seguido.

Escaparon a la carrera. Lyla estaba perpleja.

—¿Qué ha echado por el buzón? —preguntó.

—Espere y lo verá —sonrió él, a la vez que abría la portezuela del automóvil.

Un minuto después, vieron salir una espesa humareda por la ranura del buzón.

—Era una bomba de humo —explicó Barneth, a la vez que consultaba su reloj—. A propósito, dígame el nombre de otro amigo de su tío.

—Sí, Timmy. Puede visitar a Frank Colton y...

El alarido de una sirena que sonaba a lo lejos interrumpió a la muchacha.

—Ya vienen los bomberos —dijo él plácidamente.

Lyla sonrió.

—¿Qué dirá míster Gómez?

—Según usted, no es calvo. Por tanto, podrá tirarse de los pelos.

Lyla soltó una ruidosa carcajada.

—Quizá esté tirándose ya, Timmy —exclamó, mientras el ruido de la sirena se hacía más penetrante.

## CAPÍTULO IX

Sonó el teléfono. Barneth adormilado todavía, se puso en pie, cruzó el salón y levantó el aparato.

—Buenos días, profesor —saludó una voz harto conocida—. ¿Estaba todavía en la cama?

—Es usted un adivino, míster Gómez —respondió el joven, conteniendo un bostezo—. ¿Cómo va su resfriado?

—¿Qué resfriado?

—Hombre, a lo mejor le cayó encima un chorro de agua de la que emplearon los bomberos para apagar cierto supuesto incendio...

—Ah, sí, ahora caigo. No, no estoy resfriado, profesor, aunque debo admitir que le faltó bien poco. Es usted endiabladamente inteligente. ¿Cómo supo mi nuevo buzón?

—Elemental, como diría aquel personaje de las novelas de Sherlock Holmes. No tuve que hacer otra cosa sino esperar al viernes. En algún bar, entraría una pareja de desaprensivos a cobrar el precio de una inexistente protección y...

—Entiendo. Así localizó el buzón, ¿verdad?

—En efecto.

—Profesor, estamos jugando al ratón y al gato. Le sugiero una entrevista... digamos de alto nivel.

—Las condiciones climatológicas son desfavorables.

—Para usted, Barneth.

—No me haga reír, míster Gómez.

—En lugar de reír, debería llorar, profesor. Está en su casa, ¿no es cierto?

—Me parece que no está telefoneando con un tipo que habita en la Luna —contestó el joven.

—Sí, es cierto. Bien, lo siento por usted. No intente salir de su casa. Moriría en el acto.

—¡Qué miedo! —se burló Barneth.

—No lo tome a broma. He ordenado colocar una bomba en la puerta de su piso, por la parte de afuera, naturalmente. La espoleta funcionará apenas la abra. No debiera haberle avisado... pero me siento compasivo.

Barneth se puso rígido.

—¿Qué pretende con esto? —inquirió.

—Mantenerle allí bloqueado hasta que se muera de hambre. ¡Adiós!

Barneth colgó el aparato, con la cara cubierta de sombras. Detrás de él sonó una voz.

—¿Con quién hablaba, Timmy?

El joven se volvió en el acto.

—Ah, buenos días, Lyla. Era míster Gómez.

—¡El jefe!

—Sí. Lyla, estamos bloqueados. No podemos salir de casa.

La chica respingó.

—¡Timmy!

—Así es. Míster Gómez me ha avisado que hay una bomba al otro lado de la puerta. Explotará apenas intentemos abrir para salir de casa.

—¡Cielos! Eso significa...

—Significa, redondamente, que estamos bloqueados.

—Míster Gómez no quiere que le estorbemos.

—Justamente.

—¡Timmy! Cuando vine aquí por primera vez, yo escapé por el piso contiguo...

Los ojos del profesor se iluminaron.

—¡Es cierto! ¡Lo había olvidado! Podemos pasar a través de la terraza y...

El teléfono sonó de pronto.

Barneth levantó el aparato.

—Profesor —dijo el jefe en tono burlón—, no intente utilizar el ático contiguo para escapar. ¿Cree que no había pensado en semejante posibilidad?

—¿Otra bomba en la puerta?

—Sí, justamente. Adiós, profesor.

Barneth depositó lentamente el teléfono en la horquilla.

—Lyla, no podemos pasar al piso de al lado —dijo.

Ella se dejó caer en una silla con las manos sobre el regazo.

—Un bloqueo total —murmuró depravadamente.

—En efecto, así es —reconoció Barneth, con una crispación de ira en el tono de su voz.

Hacía rato que había anochecido.

Barneth se paseaba por el salón como una fiera enjaulada. Lyla vino con una bandeja en las manos y anunció:

—La cena, Timmy.

—No tengo ganas de comer —gruñó él, sin interrumpir sus paseos.

—Tiene que alimentarse. Todavía quedan víveres para dos días en el frigorífico.

—¿Y después?

—Ya se nos ocurrirá algo para solucionar esta situación. Venga, siéntese y llene el estómago, Timmy.

Barneth se sentó frente a la muchacha.

—Son catorce pisos —dijo.

—Lo sé —contestó ella serenamente.

—Puede ser que las bombas no sean sino un truco psicológico para impedirnos salir de casa —apuntó él.

—Quizá sí. Pero ¿y si existen realmente?

El profesor se estremeció.

—¡Diablos! ¡No me gustaría saltar en pedazos por comprobarlo!

Lyla mordisqueó un bocadillo de jamón y lechuga.

—Hay un modo de salir de aquí, Timmy —dijo.

—¿Cuál, Lyla?

—Un helicóptero.

Hubo una pausa de silencio.

—Un helicóptero —repitió Barneth unos segundos más tarde—. Pero yo no conozco a...

—¡Yo sí! —contestó ella—. Tengo un amigo que posee una compañía de fumigaciones aéreas. No sé cómo se me ha ocurrido... pero ese amigo nos sacará de aquí, Timmy.

Barneth señaló el teléfono.

—Llámele —dijo escuetamente.

Lyla se puso en pie.

—Voy a llamarle, en efecto —dijo—; pero le diré que venga a la madrugada. No quiero dar un espectáculo a estas horas.

Señaló la calle, que hervía de vehículos y transeúntes. Barneth asintió.

—Buena idea. Y así podremos subir luego por el ascensor, para desmontar las bombas.

—¿Lo hará usted?

—Espero hacerlo —contestó Barneth confiadamente.

El helicóptero los rescató sucesivamente y los llevó luego a lugar seguro. Lyla agradeció al piloto el favor.

—No me des las gracias —rezongó el piloto—. También yo pago una cuota mensual de mil dólares a esos granujas.

El piloto había sido enterado por la muchacha de las causas por las cuales había tenido que rescatarles. Luego, en un automóvil, se dirigió con ellos desde su campo de aterrizaje particular a la casa.

Subieron en el ascensor. Míster Gómez no había mentido.

Las bombas estaban allí, al pie de las puertas. Un delgado cable de acero sobresalía de cada artefacto y quedaba sujeto a la puerta por un trozo de masilla fuertemente adhesiva.

Al abrir la puerta, se produciría la tensión del cable, que accionaría el mecanismo de explosión, por tirafrictor. El piloto era entendido en explosivos y dijo que había cantidad suficiente para desmochar el edificio y privarle de los áticos.

—Me gustaría enviarle las bombas por correo —rezongó Barneth.

—Pero no sabemos dónde vive —dijo Lyla desanimadamente.

Barneth asintió en silencio.

Era su principal inconveniente: el desconocimiento no sólo de la identidad sino también del domicilio de míster Gómez.

Una vez más sonó el teléfono.

La voz del jefe tenía ahora tonos burlones.

—¿Cómo van las existencias de víveres? —pregunto cuarenta y ocho horas más tarde.

—Agotándose —contestó Barneth.

Se oyó una irónica carcajada.

—Cuando tenga hambre de veras, dígalo, profesor.

—No podré, míster Gómez.

—¿Por qué, profesor?

—Ignoro su número de teléfono.

—Es verdad. Bueno, ya le llamaré yo de cuando en cuando.

—Míster Gómez, ¿se ha dado cuenta de que alguien puede extrañarse de mi ausencia?

—Usted no ha leído el periódico, ¿verdad?

—No he tenido tiempo. Además, ¿para qué leerlo si sólo dice lo que a usted le conviene?

—Hay noticias interesantes. Por ejemplo, una de ellas dice que el conocido y afamado profesor de Psicología Lloyd Barneth ha partido de viaje para dar un curso de su especialidad en la Universidad de Oxford.

—Oxford desmentirá la noticia.

—Sí, pero nosotros no publicaremos el desmentido. Todos creerán que usted está fuera de Pinecross. ¿Me comprende usted?

—¡Trágico destino el mío! ¡Morir de hambre tan joven!

—Tiene una solución, profesor. Abra la puerta.

—Haría mucho ruido, míster Gómez.

—Entonces, muérase de hambre. Adiós.

Al terminar el diálogo, Barneth se volvió hacia la muchacha.

—Lyla, esto no puede seguir así —dijo furiosamente—. O abandonamos o tomamos una decisión.

Ella meneó la cabeza con lentitud.

—Míster Gómez ha obrado con singular astucia. Ninguno de sus sicarios conoce el escondite. Les pasa lo mismo que a usted; oyen su voz, pero no pueden llamarle por teléfono. Han de esperar sus llamadas.

—Lo sé, Lyla, pero...

Barneth se mordió los labios.

—Tenemos una solución —añadió.

—¿Cuál, Timmy?

—Esperar. Quizá míster Gómez envíe a uno de sus rufianes a ver qué hacemos... mejor dicho, a ver qué hago yo, porque se cree que estoy solo en la casa...

—No lo hará, Timmy, no es tan tonto. Pensará que, cuando el hambre le apriete, usted llamará a la policía. La solución debe venir por otro camino.

—Indíquemelo, por favor.

Ella le enseñó las palmas de las manos.

—¡Si lo supiera...! —dijo en tono de lástima.

Pasada la media noche, Barneth se despertó, lanzando un agudo grito:

—¡Eureka!

Lyla se presentó a poco en el salón, envuelta en su bata, sumamente asustada.

—Timmy, ¿qué le sucede? ¿Por qué grita?

Barneth la miró con ojos brillantes.

—El subconsciente trabaja incluso durante el sueño, Lyla.

—Sí, lo sé. ¿Y bien?

—Pues que he hallado la solución en sueños, eso es todo.

—¿Cómo? ¿Es cierto? —exclamó la muchacha, alegremente sorprendida.

—Sí. Es decir, creo que sí, porque cuando se prueba una cosa nueva siempre se debe contar con un margen de posible error. De todas formas, creo que dará buen resultado, Lyla.

—Bien, ¿y en qué consiste esa solución, Timmy?

—Bueno, nosotros no podemos encontrar a míster Gómez.

—Eso es cosa sabida —dijo ella.

—Entonces, hagamos que él nos encuentre a nosotros.

Lyla pareció sentirse decepcionada.

—Pero ¿cómo...?

Algo interrumpió a la muchacha súbitamente. Fue el ruido de un cristal al romperse, seguido del estruendo de un jarrón al volar en mil pedazos.

## CAPÍTULO X

El cristal sonó de nuevo. Esta vez, Barneth sintió cierta quemazón en el brazo izquierdo.

Casi en el acto, comprendió lo que sucedía.

—¡Nos tirotean! —gritó. Y en el mismo momento, se apartó de la ventana, para protegerse con la pared, tras la cual se hallaba la muchacha.

Entró el tercer proyectil y se estrelló contra la pared del fondo. Barneth miró a la muchacha y la vio muy pálida.

—A usted no la han visto —dijo.

—Sí. Tuve la suerte de hallarme fuera de la ventana. Pero ¿quién nos tirotea?

Barneth asomó la cabeza cautelosamente.

—Es el edificio del lado opuesto de la calle —dijo—. En la terraza —puntualizó.

—Los tiros no se han oído, Timmy.

—Silenciador.

—Claro.

Pasaron algunos minutos. Barneth se miró el brazo izquierdo y vio una mancha de sangre algo más arriba del codo.

—Le curaré... —empezó a decir la muchacha.

—Espere. Todavía no saben que está aquí. Deben continuar ignorándolo.

Una vez más, Barneth asomó la cabeza. La distancia era excesiva y la oscuridad total al otro lado de la calle situado a unos sesenta metros de distancia.

La luz estaba encendida. Barneth se decidió a correr el riesgo de recibir un balazo y saltó hacia el interruptor.

Pero ya no hubo más disparos.

—El tirador ha escapado —dijo, cuando comprobó que cesaba el ataque.

—Venga al baño. Hay que vendar esa herida —propuso ella.

Mientras le desinfectaba la herida, que por fortuna no era sino una ligera rozadura, Barneth preguntó:

—Lyla, ¿dónde está el chalet de recreo de su tío?

—¿Por qué pregunta eso, Timmy?

—Conteste, se lo ruego.

—Bueno, está en Placid River, en el lado suroeste...

—Bien, eso es todo por el momento.

—Aún no me ha dicho cuál es la solución —se quejó Lyla.

Barneth sonrió sibilinamente.

—Espere un poco —respondió—. No sé por qué, pero me parece que muy pronto vamos a escuchar de nuevo la amable voz de míster Gómez.

Como si sus palabras fuesen una profecía, el timbre del teléfono se dejó oír en aquel momento.

—¡Ahí está! —exclamó Lyla.

Barneth echó a correr hacia la sala.

—¡No se asome usted! —indicó por encima del hombro—. ¡Es muy importante que no la vean!

Agarró el teléfono y dijo:

—Habla Barneth.

—Hola, profesor. ¿Qué le han parecido mis obsequios? —preguntó el jefe.

—Si espera que me muera de hambre, ¿por qué esos tiros?

—Bueno, hay veces en que resulta interesante anticipar la muerte del rival.

—Si conociera su domicilio, le enviaría cincuenta dólares, míster Gómez. Con ese dinero, podría pagar a su pistolero un curso de tiro al blanco. ¡Su puntería es catastrófica!

—Usó pistola en lugar de rifle. Pero la próxima vez...

—La próxima vez dudo que logre alcanzarme. Me voy, míster Gómez.

—No bromea, profesor. Demasiado sabe que no puede salir de la casa.

—¿De veras? Oiga, acabo de recibir una llamada telefónica de una chica muy guapa, ella me ha dicho que ha encontrado algo interesante en un sitio llamado... Ah, sí, Placid River. ¿Lo conoce usted?

—Sí, pero no llegará allí. ¿Cómo a llegar si no puede salir de su casa?

—Míster Gómez, aeronáuticamente hablando, es usted un analfabeto. Creo que existen unos ingenios voladores llamados helicópteros, uno de los cuales va a venir a recogerme dentro de sesenta minutos...

Sonó una maldición. Luego se oyó el ruido del teléfono al golpear violentamente contra la horquilla.

Barneth soltó una alegre carcajada.

—Picó, Lyla —dijo.

—¿De veras? —exclamó ella ansiosamente.

—Por fortuna, no ha oído usted sus palabrotas... Vamos, vístase pronto; tenemos que salir de aquí inmediatamente.

—Sí, Timmy; ahora mismo...

Minutos después, los dos jóvenes salían de la casa a todo correr, hacia el automóvil estacionado no lejos de la entrada.

Todavía no había amanecido cuando Barneth detuvo el coche, llevándolo al garaje del chalet, situado no lejos del río, en la ladera de una colina de suave pendiente, cubierta por completo de verdor.

Entraron en el chalet, de aspecto pretendidamente rústico, pero en el que no faltaba ninguna de las comodidades impuestas por la vida moderna. Era un lugar adecuado para fines de semana y vacaciones y el panorama que se divisaba desde la terraza delantera era verdaderamente atractivo.

Barneth estudió cuidadosamente la disposición del edificio. Al revisar su interior, se vio gratamente sorprendido por la visión de una panoplia con varias armas: dos rifles de precisión y dos escopetas de caza de gran lujo.

—¿Funcionan? —preguntó.

—Supongo —contestó Lyla.

Barneth descolgó una de las escopetas. Más o menos, sabía manejarla.

—¿Sabe si hay municiones en la casa? —preguntó.

—La verdad, no me he preocupado...

—Haga el favor de buscar, usted que conoce mejor las interioridades del chalet.

Ella se sintió repentinamente aprensiva.

—¿Piensa usar la escopeta?

—Sí, si no me queda otro remedio —contestó él—. Recuerde el tiroteo de hace sólo unas horas.

Lyla asintió y abandonó el salón. Barneth dejó la escopeta sobre una mesa y encendió un cigarrillo.

Entonces divisó una caja cuadrada sobre una mesita auxiliar. Al levantar la tapa, divisó un aparato parecido a un proyector de cine.

Extrañado, sacó el aparato y lo conectó a la corriente. Buscó el interruptor y entonces brotó del objetivo una luz vivísima, centelleante, de colores velozmente alternantes.

Barneth se quedó extrañado. El aparato no proyectaba sino fulgurantes chorros de luz, de una duración no superior a la centésima de segundo y de un tono cromático distinto cada destello. Los fogonazos iban a chocar contra la pared opuesta y el efecto, aun a pesar de ser de día, era perturbador, mareante. Barneth acabó por apagar el aparato, sintiendo en su mente una extraña laxitud, que desapareció a los pocos segundos.

Lyla vino momentos después con una caja de cartón en las manos.

—Cartuchos —anunció.

—Gracias.

Barneth cargó la escopeta.

—Son perdigones de caza, pero a veinticinco o treinta metros pueden «perjudicar» gravemente a una persona. Por cierto, ¿qué es...?

Iba a preguntar a la muchacha por el extraño artefacto, pero el ruido del motor de un automóvil que se acercaba por el sendero, cortó en seco sus palabras.

—Silencio —dijo, a la vez que agarraba la escopeta y se precipitaba hacia la ventana más próxima.

El automóvil se detuvo a una docena de metros de la casa. Un hombre bien trajeado, de unos cincuenta años, de regular estatura y más bien grueso, se apeó del vehículo.

Llevaba grandes gafas negras y tenía un enorme bigote.

—¿Lo conoce usted, Lyla?

—No, ni siquiera sé quién es...

El recién llegado dudó un momento. Sin separarse de su coche, cuya portezuela había quedado abierta, lanzó un grito:

—¡Señorita Mollison! ¡Lyla!

Ella miró a Barneth.

—Conteste —aconsejó él.

La muchacha abrió la ventana.

—¿Quién es? —preguntó.

—Le traigo un mensaje. Haga el favor de salir...

—Dígale que venga él —susurró Barneth.

—Acérquese usted —gritó Lyla.

Barneth empezó a recelar algo extraño en la actitud del individuo, quien no se separaba del vehículo.

—Cuidado —advirtió a la muchacha.

—Vamos, venga —voceó Lyla—. Le espero, señor...

De pronto, el individuo se lanzó hacia el coche y agarró algo, que dejó ver un segundo después.

Barneth obró con singular celeridad. Agarró a Lyla por un brazo y tiró de ella, justo cuando una pistola ametralladora vomitaba un sonoro chorro de balas contra la casa.

Los proyectiles penetraron zumbando en la casa o se estrellaron contra el marco de la ventana con tremendo estrépito. El tirador continuó haciendo fuego, hasta agotar las municiones del cargador.

Al concluirse las balas, sacó otro peine. Entonces, Barneth se asomó a la ventana y apretó a la vez los dos gatillos de la escopeta.

Se oyó un fragoroso trueno. El asesino lanzó la ametralladora al aire y cayó de espaldas.

Lyla lanzó un agudo chillido. Barneth, precavido, expulsó los cartuchos vacíos y puso dos nuevos en las recámaras de la escopeta.

—No se mueva —ordenó.

Abrió la puerta y salió de la casa, caminando con precaución hasta llegar junto al caído.

Se arrodilló a su lado y meneó la cabeza.

Ya no había nada que hacer. La doble descarga de perdigones le había destrozado el pecho. El desconocido agonizaba.

Entonces se dio cuenta de que el bigote estaba ladeado. Tiró de una de las puntas y lo lanzó a un lado. Era un bigote postizo.

—¡Lyla!

La muchacha acudió corriendo. En aquel momento, Barneth le quitaba las gafas.

—¡Dios mío! —exclamó, aterrada.

Barneth volvió un poco la cabeza.

—Deduzco, por el tono de su voz, que conoce a este individuo.

—Es Frank Colton —dijo ella.

—Uno de los amigos de su tío.

—Sí. Jamás hubiera creído que...

—Pero él no es míster Gómez.

—Desde luego, no.

Barneth se mordió los labios. En aquel momento, Colton abrió los ojos.

—Me... estoy muriendo, ¿verdad?

Barneth asintió.

—Usted ha tenido la culpa, Colton —dijo.

—Sí, pero...

—Aún está a tiempo de hacer algo bueno, Colton —dijo Barneth

—. Por favor, díganos quién es el jefe.

—No... no lo conozco... personalmente...

—Quizá sepa dónde vive.

—Tampoco. Tengo un número de teléfono...

La cabeza de Colton se inclinó bruscamente a un lado. Barneth hizo una profunda inspiración.

—Colton ya no dirá nada más —murmuró.

Lyla hizo acopio de fuerzas para mantener la serenidad.

—Ha hablado algo de un número de teléfono...

Barneth buscó la billetera del muerto. Encontró una agenda y empezó a revisarla.

—Hay muchos teléfonos anotados —dijo a poco—. Los estudiaré luego con más calma.

Lyla se sentía enormemente deprimida.

—Timmy, ¿qué haremos ahora...?

Barneth se mordió los labios.

—Si avisamos a la policía, nos veremos metidos en un buen jaleo —calculó.

—¿Sugiere que debemos irnos abandonando aquí el cuerpo de Colton?

—No me gusta lo que he hecho —confesó él—. Pero Colton vino dispuesto a matarla; y me habría matado también a mí, si me hubiese visto aquí con usted. Por tanto...

Miró hacia el río, situado a unos cien metros de distancia y a un nivel veinte metros inferior respecto del lugar en que se hallaban.

—Es la única solución —dijo.

Guardó la agenda en el bolsillo y se dirigió hacia el coche de Colton, con el que maniobró hasta dejar el morro orientado hacia el río. Colocó el freno de mano y dejó la palanca de cambios en punto neutral.

Luego agarró el cadáver, procurando no mancharse de sangre. Lyla se sentía enferma.

El automóvil empezó a rodar poco a poco por la pendiente, hasta que, unos segundos más tarde, chocó contra las aguas, levantando un enorme chorro de espuma. El río era ancho y profundo en aquellos parajes y unos segundos más tarde, el automóvil había desaparecido con su macabra carga.

Entonces, Barneth miró a la muchacha y la vio terriblemente pálida, a punto de desfallecer.

—Tenemos que regresar a la ciudad —dijo.

Ella asintió en silencio. Era lo único que podía hacer en aquellos momentos.

## CAPÍTULO XI

Barneth puso una silla frente a la mesita del teléfono y la agenda de Colton sobre ésta. Luego dijo:

—Empiece, Lyla.

—¿Teléfono por teléfono?

—Sí, es nuestra única solución.

Lyla marcó el siguiente número telefónico. Así siguió durante un buen rato hasta que, de pronto, oyó:

—¿Quién pregunta por míster Gómez?

—Perdón, señor; es la Compañía Telefónica. Estamos revisando números y direcciones, míster Gómez, a fin de eliminar errores en la próxima edición de la guía. Según nuestros datos, usted vive en la Segunda Avenida, ochocientos...

—Se equivoca, señorita. Mi domicilio es calle Broderick, cincuenta y siete.

—Mil gracias, señor.

—Si no confeccionan mejor la guía —rezongó míster Gómez—, los clientes se van a enfadar mucho con ustedes.

—Perdón, míster Gómez —dijo la muchacha, con el tono impersonal de una empleada telefónica.

Y colgó.

Barneth miró la dirección anotada por Lyla.

—Bien, ya sabemos dónde vive míster Gómez —dijo satisfecho.

—Un buen truco —sonrió ella.

El teléfono sonó de pronto.

Barneth se anticipó a la acción de la muchacha y cogió el aparato.

—Hola, profesor —sonó la voz irónica del jefe—. ¿Qué tal el helicóptero? No vimos que viniera ninguno a recogerle...

—¿Está hablándome desde el teléfono número

LI-3077?

Hubo una pausa de silencio.

—Entonces, no era la Compañía Telefónica —dijo míster Gómez a poco.

—No.

—Tipo listo. Pero la calle Broderick cincuenta y siete, no es la única de mis residencias.

—Tal vez, aunque puede darla ya por eliminada.

—Eso es cierto. Adiós.

Barneth colgó el teléfono.

—Vamos, Lyla —dijo.

Ella le siguió en el acto. Un minuto después, arrancaban velozmente en dirección a la calle Broderick.

Fue un gesto inútil. Cuando llegaron, el pájaro había volado.

—No hay por qué desanimarse —dijo Barneth—. Admito que yo he cometido una imprudencia al mencionar que conocía su número telefónico, pero todavía me quedan algunas cartas en reserva.

—¿Por ejemplo?

Barneth detuvo el coche junto a la acera. Lyla reconoció asombrada el edificio.

—¡Yates tiene ahí su despacho!

—Por eso voy a verle ahora mismo —contestó él—. ¿Tiene su transmisor de radio a mano, Lyla?

—Sí, Timmy.

—Bien, mantenga el circuito abierto. Espere aquí hasta que vuelva.

—De acuerdo, Timmy.

Barneth se apeó del vehículo y cruzó la acera. Instantes después, estaba hablando con la secretaria de Yates.

—No sé si querrá recibirle...

—Dígale que le traigo un mensaje de míster Gómez.

—Sí, profesor.

La muchacha se levantó y entró en el despacho de su jefe. Instantes más tarde, Barneth oyó un espeluznante alarido.

Se precipitó hacia el despacho. Desde la entrada, vio la ventana abierta de par en par.

La secretaria continuaba chillando histéricamente. Barneth corrió hacia la ventana y se asomó.

Abajo, en la calle, vio una forma inmóvil sobre el asfalto. La

gente corría hacia el caído.

Yates tenía que haber muerto, pensó Barneth. Eran nueve pisos.

—Cuando le di su recado... —gimió la secretaria—, el señor Yates se acercó a la ventana y la abrió. Luego...

Barneth asintió.

Yates había eludido por sí mismo la acción de la justicia.

Los empleados empezaban a entrar en el despacito. Barneth pensó la conveniencia de abandonar el lugar, aunque luego se dijo que tal vez resultaría contraproducente debido a que la policía no tardaría en hacer acto de presencia.

El barullo en el despacho era enorme. Barneth aprovechó la circunstancia y sacó su transmisor de radio.

—Lyla —llamó.

—Sí, Timmy...

—Lárguese inmediatamente. Espéreme en casa.

—Bien, Timmy. Oh, ha sido algo horrible...

—Me lo imagino. Vamos, desaparezca pronto.

—Está bien.

Barneth volvió a asomarse a la ventana.

Un reguero de color encarnado corría por la acera y desaparecía en el imbornal más próximo.

Yates no hablaría nunca. Pero todavía quedaba otro miembro más de la banda.

Harven Dooley.

Iría a verle en cuanto pudiera.

Luego se aprestó a enfrentarse con la policía.

—No, no tengo la menor idea de las causas que han inducido a Yates a tomar tan fatal resolución... Sólo le había visto un par de veces; su secretaria puede corroborar mis asertos... ¿Qué si noté en él algo de particular las otras veces? En absoluto; me pareció siempre una persona normal... amable, educado... ¿El mensaje de míster Gómez? Se refería a un posible estudio psicológico de los empleados del señor Yates y yo venía a concretar algunos puntos todavía en discusión sobre el asunto... ¿El domicilio de míster Gómez? Broderick, cincuenta y siete, aunque ahora, creo que está de viaje por el norte. Sí, negocios en Montreal... Creo que tiene intereses mineros en el Canadá... Supongo que también tendría intereses en la empresa de Yates... ¿Qué cómo conocí a míster

Gómez? Bueno, por lo visto él había leído mis trabajos sobre Psicología Social y me llamó un día por teléfono... Parecía como si quisiera mejorar el rendimiento de los empleados del señor Yates... Una especie de estudio piloto que podría ampliarse más adelante en las otras empresas... No, la acción de Yates no me la esperaba en absoluto...

El sargento de policía que llevaba el caso hizo un gesto con la mano.

—Está bien, profesor. Puede retirarse. Si surgiera algo nuevo, ya le avisaríamos... aunque la declaración de la secretaria al respecto es concluyente. Gracias, profesor.

—A usted, sargento.

Barneth salió a la calle y respiró a pleno pulmón. Se metió en una cafetería cercana y, en los lavabos, empleó el transmisor.

—Lyla.

—Sí, Timmy.

—¿Ha llegado sin novedad a casa?

—Por fortuna.

—Bien, siga allí. No abra a nadie. Yo la llamaré desde la misma puerta cuando vaya a entrar. Eso es todo.

—¿Tardará mucho, Timmy?

—No depende sólo de mí, sino de Harven Dooley.

—¿Va a visitarlo?

—Sí, ahora mismo; antes de que sea más tarde.

—Bien, le esperaré. Ah, una cosa, Timmy.

—¿Sí, Lyla?

—He encontrado una tarjeta de visita al entrar en el piso. Posiblemente la arrojaron por debajo de la puerta.

—¿De quién es?

—De un tal Alfred Garris. Hay una nota y dice que está extrañado porque hace días que no tiene noticias suyas. ¿Quién es ese Garris, Timmy?

Barneth torció el gesto.

—El administrador de mi colegio —contestó—. Garris tiene razón; llevo unos cuantos días sin atender mis clases y... Bien, ya le llamaré luego por teléfono. No se mueva de ahí, ¿entendido?

—Conforme, Timmy, pero no tarde demasiado. ¡Todavía me parece oír el horrible ruido de aquel cuerpo al estrellarse contra el

suelo!

—Me lo imagino. Trate de descansar un poco. Adiós, Lyla.

Barneth cortó la comunicación. Guardó el transmisor en el bolsillo y abandonó los lavabos.

También él se sentía impresionado en cierto modo. Una copa le sentaría bien, de modo que se acercó al mostrador.

Momentos más tarde, salía a la calle. Alzó la mano y detuvo a un taxi.

El vehículo le condujo a la dirección indicada. Cuando estaba llegando, se oyó el alarido de una sirena.

Barneth frunció el ceño. Apenas unos segundos después, un coche policial se detuvo junto a la acera y dos agentes uniformados desembarcaron de él lanzándose hacia el edificio a la carrera.

Un súbito presentimiento acometió al profesor. Pagó la carrera, procurando adoptar un aire natural, y dejó el taxi.

Sin embargo, no entró en la casa. Esperó en las cercanías, simulando ser un transeúnte sin demasiado trabajo.

Otro coche policial llegó a los pocos momentos. Uno de los agentes llegados en primer término salió de la casa en el mismo instante y se dirigió hacia los que venían tras él, dos de los cuales vestían de paisano.

Barneth aguzó el oído y pudo captar retazos del informe:

—Sí, muerto... no cabe la menor duda, cuatro disparos a quemarropa... Los empleados no los conocen... Eran dos y se encerraron con Dooley en el despacho... ¿Los disparos? No, no oyeron nada; por lo visto, emplearon silenciador...

Barneth se alejó discretamente. Ya sabía cuánto debía saber. Dooley estaba muerto.

Mister Gómez parecía dispuesto a no dejar vivo a nadie a quién pudiera comprometerle. Pero tras esta reflexión, Barneth se dio cuenta de que Lyla Mollison también estaba en el mismo caso.

El pensamiento le puso los pelos de punta. ¿Llegaría a su casa a tiempo de impedir el asesinato de la muchacha?

## CAPÍTULO XII

Barneth utilizó un segundo taxi para desplazarse hasta su domicilio, pero, cautamente, hizo que el conductor lo detuviera a unos cien metros de distancia. Luego continuó a pie.

Se felicitó por la precaución. Apenas había recorrido cincuenta pasos, divisó parado ante la puerta un automóvil que se le antojó sospechoso.

Cruzó la calle y caminó paralelamente hasta situarse justo frente a su casa. Había un restaurante y tomó asiento en una mesa situada junto a una de las ventanas.

El camarero vino a tomar su pedido. Barneth le encargó un bocadillo y una botella de cerveza. No sentía apetito, pero debía justificar su presencia en aquel lugar. Una vez se hubo alejado el camarero, sacó el transmisor y llamó a la muchacha.

—¿Dónde está usted? —preguntó Lyla ansiosamente.

—En el restaurante de frente a casa —contestó él—. Lyla, ¿han subido algunos de los esbirros de míster Gómez?

—No, no ha venido nadie... Pero le han llamado por teléfono...

—Dejemos esto ahora. Lyla, hay un coche parado ante la puerta de la casa. Son hombres del jefe.

—¡Nos están esperando, Timmy!

—Eso creo yo. Escuche, Dooley ha sido asesinado a balazos.

—¡Oh, Dios mío! —gimió la muchacha.

—Opino que míster Gómez no quiere correr riesgos y está empezando a suprimir estorbos. No quiero que ocurra lo mismo con nosotros, ¿comprende?

—Sí, Timmy.

—Esté preparada. Voy a subir a buscarla.

—Pero esos tipos...

—Déjelos de mi cuenta, Lyla. Ahora mismo, en cuanto pague el gasto, cruzaré la calle.

—Bien, Timmy. Ah, Alfred Garris ha vuelto a llamar por teléfono. Ya se lo dije, ¿verdad? Llamó apenas me anunció usted que iba a visitar a Dooley y... Bueno, yo le dije que era su secretaria y que estaba pasando a limpio unos apuntes suyos sobre Psicología. No habré hecho mal, supongo.

—No se preocupe, Lyla. Bien, siga ahí. Corto, Lyla.

Barneth volvió a guardar el transmisor. Bebió un sorbo de cerveza y dejó un dólar sobre la mesa.

Luego se puso en pie. Cruzó la calle y entró en la casa con aire de naturalidad, simulando no darse cuenta de la presencia de los dos pandilleros en el automóvil.

Entró en el ascensor y se dirigió al ático. Salió en el corredor, pero, en lugar de dirigirse al piso, se apartó a un lado y esperó.

Alguien llamó al ascensor desde abajo. Barneth contempló los indicadores externos hasta que vio la señal de detención. Entonces se preparó para actuar.

La puerta del ascensor se abrió y dos hombres salieron uno tras otro. Barneth dejó pasar al primero y atacó al segundo, derribándole de un seco puñetazo en la nuca.

El otro se revolvió al oír el ruido y llevó la mano al interior de su chaqueta. El puño de Barneth se movió velozmente.

El pistolero retrocedió, aunque sin caer. Insistió en sacar el arma.

Barneth atacó con furia indescriptible, sabiendo que en ello le iba la vida. Sus puños se movieron como pistones, hasta que el rufián, tras un prolongado suspiro, se derrumbó al suelo sin conocimiento.

Acto seguido llamó a la muchacha.

—Abra, Lyla; estoy ante la puerta —dijo, a través de la radio.

Ella abrió un segundo más tarde. Al ver a los dos hombres tendidos en el suelo, lanzó un grito de espanto.

—No tema —dijo—; están vivos. Para suerte suya, claro.

Barneth arrastró a los dos individuos al interior del piso, uno tras otro, y les desposeyó de sendos revólveres provistos de silenciador. Mientras, Lyla, a indicación suya, buscaba algo para atarlos.

La solución estuvo en un par de sábanas hechas tiras. Momentos después, los dos pandilleros estaban fuera de combate.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Lyla, una vez hubieron terminado.

—Abandonar este piso —contestó él tajantemente—. Esos dos rufianes venían a asesinarme.

—¿Sólo a usted? —se extrañó ella.

—Sí. Usted sabe dónde están los documentos de su tío Rob.

—¡Pero eso no es cierto, Timmy!

—Él lo cree así, Lyla.

La joven inclinó la cabeza.

—Puede que tenga usted razón, Timmy —dijo—. Pero, a pesar de todo...

—No hablemos más —cortó Barneth—. Aquí no podemos seguir.

—Desde luego, Timmy, pero... ¿adónde vamos?

—No importa, ya pensaremos algo por el camino.

—Pero no tenemos coche...

Barneth hizo saltar unas llaves en la palma de la mano.

—Míster Gómez nos obsequia con uno —sonrió—. ¡Vamos!

Momentos después, estaban en la calle. Sin sentir ningún escrúpulo, Barneth se sentó tras el volante del automóvil de los pistoleros, dio el contacto y arrancó en el acto.

Lyla reclinó la cabeza en el respaldo.

—Timmy, ¿por qué esas muertes? —preguntó.

—Colton ha muerto. El jefe lo sabe, porque nosotros le llamamos al teléfono de la calle Broderick. Además a estas horas, ya debería haber recibido noticias tuyas y no ha sido así. Por tanto, ha temido que Colton haya podido hablar y se ha anticipado a quitar obstáculos de en medio. Bueno, uno se ha quitado por sí mismo...

—Yates.

Barneth hizo un signo de asentimiento.

—Luego situó a dos de sus compinches ante mi casa con la misión de esperar mi regreso. Por fortuna, advertí su presencia a tiempo. Pero ello no indica que debamos descuidarnos. Lyla.

—Desde luego. Sin embargo, estamos casi como al principio.

—¿Qué quiere usted decir, Lyla?

—Simplemente, continuamos ignorando el escondite de míster Gómez.

Barneth apretó los labios.

—Tiene usted razón —masculló.

—¿Qué podríamos hacer ahora? —preguntó Lyla desanimadamente.

Barneth guardó silencio unos momentos.

Era ya de noche. No se le ocurría ninguna idea.

De pronto, Lyla dijo:

—Parecerá extraño, pero tengo hambre.

—Bueno, si es por eso, podemos buscar un restaurante. Conviene reponer energías, Lyla.

Un minuto después, entraban en un restaurante, donde eligieron una mesa. Lyla se encargó de seleccionar el menú.

Mientras comían, ella se mostró preocupada por su anfitrión.

—Le despedirán del colegio —dijo—. Y todo por mi causa...

—Oh, no se aflija. Garris es un tipo muy comprensivo y sabrá admitir mis excusas. Luego le llamaré por teléfono.

Dos hombres entraron y se sentaron tres mesas más allá. Parecían bastante cansados.

Pidieron algo de comer. De pronto, uno de ellos vio a la pareja y tocó con la mano en el codo de su compañero.

Los ojos del otro se dilataron. Inmediatamente, sin pronunciar una sola palabra, se levantó y buscó una cabina telefónica.

Barneth y Lyla continuaban cenando. Ninguno de ambos se había percatado de la maniobra de los dos individuos.

Transcurrieron quince minutos. De pronto, Lyla, a través de la vidriera, vio a dos hombres parados junto al automóvil de los pistoleros.

—¡Timmy!

Barneth miró a la muchacha. Ella le hizo una señal con la mirada.

Los ojos del profesor captaron la escena que se producía en el exterior. Inmediatamente se puso rígido.

—Nos han localizado —murmuró.

—Pero... ¿cómo, Timmy?

—Imagino que, a estas horas, míster Gómez conoce ya el fracaso de los dos pistoleros enviados a mi casa. En consecuencia, ha puesto a los cuarenta y ocho restantes a la búsqueda de su presa, es decir, nosotros.

—Timmy, la mayoría no nos conocen...

—Y, ¿para qué está la fotografía? Míster Gómez habrá

impresionado placas con nuestra imagen y las habrá repartido a sus hombres... Por correo, naturalmente. Le convenía que todos nos conocieran para un momento dado, como éste. Míster Gómez no olvida detalle, ¿comprende?

—Sí, y ahora esos dos tipos nos cierran el paso.

—Saldremos adelante, ya lo verá —sonrió él.

Agitó la mano y vino la camarera. Pagó la cuenta y se puso en pie.

Cogió a la muchacha por el brazo. Casi en el mismo instante, vio que dos sujetos se ponían en pie detrás de ellos.

—No se altere, no haga nada, Lyla, pero creo que estamos rodeados.

Ella lanzó un gemido. Afectando un aire de naturalidad, Barneth se encaminó jímio a Lyla hacia la salida.

Cruzaron el umbral de la puerta. Los dos pistoleros de la calle estaban apoyados en el coche, con los brazos cruzados, contemplándoles fijamente de un modo que no dejaba lugar a dudas sobre sus intenciones.

Barneth torció a su derecha y siguió acera adelante. A los cinco pasos vio a otra pareja que les cerraba el paso.

—¡Estamos perdidos! —gimió Lyla.

Una puerta se abrió a la derecha de la pareja y un violento chorro de música salió a la calle. Una pareja de jóvenes, extravagantemente vestidos, salieron contoneándose al compás de la música.

Barneth evaluó la situación. Podía decirse que el cerco era casi completo. Por el frente, el flanco y la retaguardia estaban completamente sitiados.

Miró a la pareja de pistoleros que tenían ante sí. Estaban inmóviles, pero dispuestos a actuar apenas llegase la ocasión.

No obstante, una cosa era segura: se portaban discretamente, tal vez porque tenían órdenes para hacerlo. De sus dos perseguidos, uno, al menos, Lyla Mollison, les interesaba viva.

Barneth volvió la cabeza hacia la derecha. Sobre la puerta del edificio que tenían al lado, divisó un cartel altamente revelador:

JOOKIE'S CLUB. PSYCHEDELIC RYTHMS.

Una repentina idea germinó en su mente.

—Aquí, Lyla —dijo, tirando de la muchacha.

Y antes de que los hombres de míster Gómez tuvieran tiempo de reaccionar, abrió la puerta del club psicodélico y cruzaron el umbral, sumergiéndose en aquel torbellinesco ambiente donde todo el mundo parecía haber caído en una orgía de locura.

El local estaba abarrotado de personas, todas ellas vestidas de la forma más absurda y extravagante que uno pudiera imaginarse. Sobre un tablado, una orquestina de cuatro o cinco músicos interpretaba un ritmo de sonos trepidantes, atronadores, enloquecedores.

Un tipo, vestido con chaqueta de ante que le llegaba hasta las rodillas, las piernas desnudas, con un montón de collares de abalorios y una cinta multicolor en la frente, agarró la mano de Lyla y se la llevó antes de que el sorprendido psicólogo pudiera evitarlo.

## CAPÍTULO XIII

Barneth y Lyla, con sus vestiduras normales, desentonaban en el local psicodélico tanto como una palada de carbón sobre un montón de nieve, pero ninguno de aquellos frenéticos danzantes reparaba en minucias indumentarias. Barneth trató de alcanzar a la muchacha, pero en aquel momento miró por encima del hombro y vio a dos de los esbirros de míster Gómez parados en la entrada.

Una chica, con la cara pintarrajeada y vestida de una manera que hacía llorar, se plantó ante Barneth.

—Psicodelicémonos —propuso escuetamente.

Y empezó a mover la osamenta.

—Sí, guapa —dijo Barneth.

Levantó los brazos, entrecerró los ojos y empezó a agitarse como si estuviese epiléptico. De pronto, vio que Lyla pasaba por su lado.

Por encima de sus cabezas, un gigantesco estroboscopio lanzaba colosales fogonazos de color, de una duración increíblemente breve. Barneth empezó a sentir cierta angustia, aunque no por ello dejaba de seguir a su manera el disparatado compás de la música.

Lyla volvió a pasar por su lado. Ahora bailaba con un sujeto vestido con una túnica colorinesca y no menos adornado que el anterior. De pronto, la chica le hizo una señal con la vista.

Barneth miró hacia el punto que ella le indicaba y vio una puerta. Inmediatamente comprendió sus intenciones.

Maniobró hábilmente y se llevó a su pareja hacia la puerta.

—Tengo «hierba» —dijo a media voz.

Los ojos de la chica *hippye* brillaron.

—Magnífico, Stan —dijo.

—No me llamo Stan —contestó Barneth, sin cesar en su agitación corporal.

—Tienes cara de Stan. Yo me llamo de verdad Minna, pero como tengo cara de llamarme Sophia, todos me llaman ya Sophia.

—Ah, la amiga de la sabiduría. Bonito nombre —elogió Barneth—. Ven, entremos aquí; fumaremos un cigarro de «hierba».

Se refería a la marihuana. En su vida la había probado ni malditas las ganas que sentía de intoxicarse.

—De acuerdo, Stan —dijo Sophia.

Lyla estaba ya a pocos pasos. Los dos rufianes continuaban vigilando la entrada. Barneth sabía que permanecerían allí hasta que intentasen salir.

Sophia entró en el cuarto. Barneth lo hizo a continuación, aunque dejó la puerta entreabierta.

Lyla asomó casi enseguida, tirando de la mano del otro *hippye*. Barneth se apartó a un lado, cerró y acto seguido, disparó su puño derecho.

Sophia gritó. Barneth la encañonó con uno de los revólveres capturados a los pistoleros.

—Cierra el pico —dijo con acento truculento.

Sophia se calló en el acto. Lyla abrió el bolso, sacó el lápiz labial y el de las cejas, además de un espejito y entregó éste a la *hippye*.

—Mantéalo frente a mí mientras me pinto —ordenó— y no intentes escapar o te volaré la cabeza —añadió Barneth.

Sophia estaba aterrada. Mientras Lyla se pintaba la cara, Barneth se inclinó sobre el caído y le desposeyó de su túnica de colores, que se puso en el acto, sobre el traje. La túnica le quedaba algo corta, pero lo solucionó remangándose los pantalones hasta la mitad del muslo.

Luego se puso su cinta y sus collares.

—Dame tu ropa —pidió Lyla a Sophia—. Timmy, vuélvase.

—Bien, pero luego me pintará un poco la cara, tal como la lleva este tipo.

—De acuerdo.

Mientras Lyla trocaba sus ropajes con los de Sophia, Barneth miró a través de la puerta ligeramente entreabierta.

Los dos pandilleros continuaban en el umbral, sin prestar atención a los *hippyes* que entraban o salían, ni tampoco a los danzantes. Barneth aguardó con los nervios en tensión, hasta que oyó la voz de Lyla:

—Ya puede volverse, Timmy.

Giró sobre sus talones. Hábil y rápidamente, Lyla le pintó sendos

lados en las mejillas. Sophia, en un rincón, no acertaba a reaccionar.

Minutos después, estaban listos. Barneth metió la mano bajo la túnica y sacó unos cuantos billetes.

—Por las molestias —dijo, al entregárselos a la «hippye»—. Un consejo, Sophia: seguid aquí durante diez minutos más. ¿Me has comprendido?

—Sí. ¿Eres agente secreto?

Barneth le guiñó un ojo.

—¿Qué te parece? —contestó.

Sophia hizo una mueca de desprecio.

—Un vulgar esbirro del imperialismo —dijo.

—Sí, pero eso permite que vivas sin dar golpe. Si estuvieras donde yo me sé, ya habrías ido a parar a una mina de sal, estúpida. Haz lo que te digo o te agujerearé las tripas.

Sophia se amedrentó. Ya no dijo nada más.

Barneth y Lyla salieron del cuarto e iniciaron en el acto una frenética danza. De cuando en cuando, Barneth miraba hacia la puerta.

—Es hora de largarnos de aquí —dijo.

Lyla no contestó.

—Preparase, muchacha —insistió él.

Lyla continuaba bailando, absolutamente ajena a cuanto le rodeaba. Tenía los ojos desmesuradamente abiertos y se movía como un monigote sujeto a unos hilos.

—Lyla, Lyla...

Barneth sacudió a la muchacha fuertemente por el brazo. Ella pareció regresar de un mundo infinitamente distante.

—¿Eh? ¿Qué...? ¿Dónde... dónde estoy, Timmy? —balbuceó.

Barneth se sintió extrañado.

Hubiera dicho que Lyla estaba drogada, de no saber se trataba de una muchacha completamente sana, que no necesitaba para nada de estímulos artificiales. Pero por el momento no podía entretenerse a investigar las causas de tan rara perturbación.

—¿Me entiende usted? —preguntó.

—Sí. —Lyla se pasó una mano por la frente—. Oh, hubo un momento en que no sabía dónde estaba...

—Bien, ahora ya ha vuelto en sí. Sólo es un poco de sugestión,

debida al ambiente. Vamos a salir, Lyla.

Ella le miró serenamente.

—Estoy dispuesta, Timmy.

Bailando, bailando, llegaron a la puerta, apartaron a codazos y empellones a los dos pandilleros y salieron a la calle.

Los otros cuatro les dejaron pasar con miradas divertidas. Barneth echó un brazo sobre los hombros de Lyla y así, estrechamente enlazados, ganaron la seguridad.

Doblaron la primera esquina. Entonces, él lanzó un profundo suspiro de alivio.

—¡Estamos a salvo!

—Sí, pero sin automóvil y sin saber dónde vamos a escondernos —declaró ella, echando un jarro de agua sobre el optimismo del psicólogo.

Barneth reflexionó unos momentos.

—Venga —dijo—, creo que tengo la solución.

Dieron la vuelta entera a la manzana de casas. El automóvil que les había llevado hasta allí, continuaba en el mismo sitio.

Los pistoleros continuaban vigilando el Jookie's Club. Discretamente, sin ser notados, Barneth y Lyla subieron al coche y se alejaron antes de que los esbirros de mister Gómez pudieran advertir el engaño de que habían sido objeto.

—No podemos ir ni a mi casa ni a la suya —dijo Lyla desatentadamente—. Y tampoco podemos pasamos la vida en un hotel...

Barneth calló.

Estaban en las afueras de la ciudad, dentro del coche, que había detenido a un lado de la carretera.

—Nuestra situación es bien crítica —murmuró—. Con sus cincuenta hombres mister Gómez nos ha acorralado, haciéndonos pasar a la defensiva.

—¿No se le ocurre alguna idea? Estoy deseando ya acabar con esta intolerable situación...

—Bueno, si supiéramos dónde están esos documentos que su tío escondió, podríamos entregarlos a la policía. Así, con pruebas, la derrota de mister Gómez sería segura. El número, con ser importante, es menos que las pruebas. Además, se podría incluso solicitar ayuda a la policía del estado, alegando conspiración para

subvertir el orden en una ciudad entera.

—Sí, pero mi tío no me habló nunca de tales documentos, si es que de verdad existen.

Callaron de nuevo.

—¿Qué tal si hiciéramos una segunda exploración en el chalet de Placid River? —sugirió él a los pocos momentos.

Lyla meneó la cabeza.

—Es inútil. A menos que lo hagamos demoler, no encontraremos esos documentos, si es que están allí.

—Lyla —dijo Barneth pausadamente—, ¿no recuerda alguna indicación de su tío? Alguna palabra, alguna frase clave... Esfuerce la memoria, se lo ruego.

La muchacha calló unos segundos.

—No, Timmy, lo siento —respondió al cabo—. No recuerdo nada en absoluto sobre ese asunto.

—Pues su tío tuvo que decirle algo —exclamó él furiosamente.

—Como no me hipnotizara... —dijo Lyla con sorna.

Barneth la miró sorprendido.

—Repita eso que ha dicho, Lyla. ¡Repítalo!

La chica se asustó.

—Pero, Timmy...

—Ha dicho: «Como no me hipnotizara». ¡Y creo que su tío la hipnotizó, Lyla!

—Pero tío Rob no poseía semejantes facultades —alegó la chica—. En este sentido, era el ser más vulgar que una...

—Oh, Lyla, yo tampoco soy hipnotizador profesional ni poseo superpoderes mentales —dijo Barneth—. Pero en determinadas condiciones creo que podría hipnotizar a una persona.

—¿Usted?

—Lyla, hoy mismo estuvo a punto de quedar hipnotizada delante no sólo de mí, sino de los cien fanático que atestaban el Jookie's Club. El estroboscopio, ¿lo recuerda?

—Sí, tengo unos recuerdos confusos, Todo desapareció delante de mí... Sólo veía unos destellos multicolores, pero no oía ni la música ni ningún otro sonido, ni veía a nadie...

—Y en el chalet de Placid River hay un estroboscopio —dijo él solemnemente.

Lyla le miró, estremeciéndose de pies a cabeza.

—Timmy, ¿usted... usted quiere hipnotizarme?

—Sólo por el tiempo preciso para saber si su tío Rob le dijo algo respecto a la banda de míster Gómez. Le prometo que no emplearé un segundo más de lo necesario y, además, puede estar segura de que no quedarán en su mente secuelas perniciosas.

—Si tío Rob me hipnotizó, ¿cómo es que yo no recuerdo nada?

—Porque le ordenó que olvidase todo lo referente a cuanto le dijo mientras permanecía en estado de hipnosis.

—Bien, pudo suceder así. Pero ¿por qué lo hizo?

—Tal vez para protegerse de míster Gómez.

—Pero tío Rob murió accidentalmente. Un choque de automóvil... y no queda la menor duda de que fue un accidente.

—Por eso míster Gómez permaneció quieto, hasta que supo la muerte de su tío. Luego, tal vez, temió que usted, como sobrina y secretaria confidencial supiera algo y...

Lyla asintió con un suspiro.

—Así tuvo que ser, Timmy —convino—. Bien, ¿cuándo empezamos?

Barneth dio media vuelta a la llave de contacto.

—En cuanto hayamos llegado a Placid River —respondió—. Pero antes hemos de pasar por mi despacho del colegio.

—¿Para qué? —preguntó ella.

—Tengo allí un magnetófono. Quiero grabar todo lo que usted me diga, ¿comprende?

—A estas horas, no encontraría ninguna tienda abierta, desde luego.

Media hora después, Barneth detenía el coche ante la entrada al recinto del colegio. Previamente se había quitado el disfraz de *hippye*, para no dar que hablar al conserje del centro.

La puerta estaba cerrada. Barneth llamó al timbre. El conserje llegó a los pocos momentos.

—¡Profesor! —exclamó, asombrado.

—Abra, por favor, Jenkins —sonrió el joven—. Voy a mi despacho a recoger unos papeles que me hacen falta.

—El señor Garris está muy inquieto por su ausencia —manifestó el conserje.

Barneth reparó en una ventana iluminada, en uno de los bloques de edificios que componían el conjunto cultural.

—Dígale que pasado mañana me reintegraré a las clases — contestó, a la vez que franqueaba el umbral. Y añadió sonriendo—: El señor Garris, tan trabajador como de costumbre.

—Oh, sí, desde luego, profesor. Bien, le daré su mensaje en cuanto tenga ocasión. Espero aquí en la puerta, profesor.

—Gracias, Jenkins. Volveré antes de cinco minutos.

## CAPÍTULO XIV

Todavía no había amanecido cuando Lyla se sentó en un cómodo sillón en la sala del chalet, mientras Barneth ultimaba sus preparativos. Enchufó el estroboscopio y dispuso un espejo que recogiera sus destellos luminosos, enviándolos luego a la cara de la joven.

—¿Preparada, Lyla?

Ella inspiró profundamente.

—Cuando quiera, Timmy —respondió con voz firme. Las cortinas estaban corridas. Reinaba una oscuridad total.

Barneth contaba además con un factor importante: el sueño de Lyla. La chica no había pegado un ojo en toda la noche.

—Relájese, deje la mente en blanco —aconsejó.

—Sí, Timmy.

Barneth conectó el estroboscopio. Lanzó unos cuantos destellos de tanteo hasta que los reflejos incidieron justamente sobre la vista de Lyla.

Entonces dejó que el estroboscopio funcionara libremente. Un chorro de luces de todos los colores, de duración infinitesimal, cayó sobre las retinas de Lyla.

—Descanse, descanse... —dijo Barneth con voz persuasiva—. ¿Verdad que tiene mucho sueño?

—Sí, Timmy...

—Está cansada, muy cansada... Debe dormir, dormir, dormir...

Y ella repitió:

—Dormir, dormir, dormir...

Pasaron un par de minutos. La respiración de Lyla se hizo regular, acompasada.

—Lyla —llamó él de repente.

—Dígame, Timmy.

—¿Está dormida o despierta?

—Dormida.

—Pero me oye.

—Sí, le oigo.

Barneth sonrió satisfecho.

Había logrado el estado de hipnosis.

—Lyla, recuerde. ¿Qué le dijo su tío acerca de míster Gómez?

—Nada.

El psicólogo contuvo una maldición.

¿Era posible que hubiese equivocado el remedio?

—¿Segura, Lyla?

—Segurísima.

—¿No le habló nunca de la banda de míster Gómez? ¿No le dijo nada relacionado con este asunto?

Lyla calló un instante. Parecía como si buceara en el fondo de su cerebro.

—Espere... Sí, ahora recuerdo... Mi tío me dijo: «Lyla, si algún día me sucede algo, Alfred Garris será el culpable».

—¡El administrador del Colegio! —bramó Barneth.

—Sí, el mismo.

—¿Qué más le dijo, Lyla?

—Mi tío me dijo: «Ahora, apréndete esta lista de nombres y sus domicilios. Yo te la voy a leer y luego tú la repetirás. ¿Me has entendido?».

—¿Fueron esas sus palabras, Lyla?

—Sí.

—Repita la lista de nombres, Lyla —ordenó Barneth, a la vez que lanzaba una mirada hacia el magnetófono, ya en funcionamiento.

Lyla empezó a hablar.

Barneth guardaba un silencio absoluto. Los nombres de Ry Hoswiss, Jake Burns, Grant Toomey, Harv Pettecka y muchos otros, salieron a relucir en aquella relación, junto con sus domicilios y teléfonos.

—Eso es todo —dijo Lyla, al cabo de un buen rato.

—¿No le dio alguna otra indicación?

—No, no la recuerdo.

Barneth asintió.

Se acercó a la ventana y descorrió las cortinas. La luz del día

penetró a raudales en el salón.

—Lyla, es hora del desayuno —dijo en tono natural.

Ella abrió los ojos.

—Me he quedado dormida —sonrió—. Estaba tan cansada.

Barneth reinvirtió la cinta de la grabadora y la puso nuevamente en funcionamiento.

—No se ha quedado dormida —dijo él—. La he hipnotizado.

Con los ojos dilatados por el asombro, Lyla escuchó parte de sus propias palabras. Barneth no quiso repetir el total de la grabación; sólo deseaba que la muchacha se convenciese de que había hablado todo cuanto sabía.

—Es increíble —dijo ella a poco—. Jamás hubiera imaginado que yo sabía tantas cosas.

—Todo lo que llega a la mente se graba en ella en una manera indeleble —dijo Barneth en tono silencioso—. Sólo se necesita conocer la manera de reproducirlo de nuevo.

—En lo que a mí se refiere, lo ha logrado de lleno. —Lyla se puso en pie—. ¿Qué dijo antes del desayuno, Timmy?

Barneth sonrió.

—Veamos qué encontramos en la despensa —contestó.

Y en aquel momento, se oyó en el exterior un ruido de automóvil.

Barneth se precipitó hacia la ventana.

Un segundo después, exclamó:

—¡Garris!

—¡Míster Gómez! —dijo Lyla.

El hombre, vestido atildadamente, llegó a la casa y cruzó la puerta que Barneth acababa de abrir. Garris miró sonriendo a la pareja.

—Por fin nos vemos personalmente —dijo.

—Era hora ya, ¿verdad? —contestó Barneth—. ¿Le dio Jenkins mi mensaje?

—Sí, aunque un poco tarde. Por eso no he podido venir antes.

—Podía haberse quedado en Pinecross.

—Imposible. Usted sabe por qué, profesor.

—Su organización se ha derrumbado, Garris —dijo Barneth—. Conocemos los nombres de todos sus esbirros, sus domicilios, números de teléfonos y sectores de «protección» asignados.

—Encontraron los documentos, supongo —dijo Garris sin mostrar demasiado interés.

Lyla se señaló la cabeza con el índice.

—Estaban aquí —dijo.

Garris enarcó las cejas.

—¿Cómo dice?

—Rob Goldming la hipnotizó y le hizo aprenderse de memoria cuánto sabía al respecto —explicó Barneth—. Luego la ordenó olvidarse del asunto, hasta que yo caí en la cuenta de que también podía hipnotizarla.

Garris meneó la cabeza.

—Nunca se me ocurrió que podría luchar contra un profesor de Psicología —manifestó.

—Está derrotado —dijo Barneth—. Lo sabemos todo, Garris. Hipnotizaré a Lyla delante de un tribunal y ante competentes especialistas en la materia. La prueba será válida.

—Elegí mal a mis cooperadores —suspiró Garris—. Pero los necesitaba.

—¿Por qué? —pregunte Lyla.

—Dinero. No podía iniciar la operación sin dinero. Importar cincuenta, «empleados» y pagarles los primeros sueldos no era cosa al alcance de mis posibilidades económicas.

—Y ellos se lo suministraron.

—Sí, aunque Goldming fue el más astuto de todos y quiso compartir los beneficios al cincuenta por ciento. Quiero decir la mitad de lo que quedaba después de que los otros tres percibían sus dividendos.

—Y... ¿a cuánto ascendían esos beneficios?

Garris suspiró.

—Me hubiera hecho millonario en un par de años —contestó.

—Y luego se hubiera retirado a alguna isla de los Mares del Sur.

—Tal vez. Era un buen plan. Es un buen plan.

—¿Insiste en seguir adelante? —preguntó Lyla.

—¿Qué inconveniente hay en ello, señorita?

Lyla señaló el magnetófono.

—Ese aparatito, señor Garris —dijo.

—Siempre dije que el profesor era un tipo listo. Ahora tendré que matarlos a los dos. No puedo echar por la borda el esfuerzo de

dos largos años de trabajo.

Lyla se estremeció.

—¿Dos años? —repitió Barneth.

—Sí, sin contar el tiempo que ya llevamos de «operaciones». Tuve que dar muchos pasos antes de encontrar a los hombres apropiados y conseguir sus «servicios».

—Y buscarles alojamientos, teléfonos y demás.

—Era preciso. Nadie, sino algunos de mis consocios, conocían mi identidad.

—Nosotros la conocemos —dijo Barneth.

—Pero no podrán declararlo a nadie.

Barneth sonrió.

—Soy más joven que usted. Y más fuerte —dijo.

Garris no se inmutó.

—Le ruego mire hacia la ventana, profesor —dijo.

Barneth dio dos pasos en sentido lateral.

Una exclamación se escapó de sus labios.

Burns Toomey, Hoswiss y Pettecka estaban parados frente a la casa, cada uno provisto de una pistola ametralladora.

—Ésos sí conocen su identidad —dijo.

—Todavía no me han visto. Y llevo gafas y un bigote postizo. Para ellos sigo siendo el jefe, o míster Gómez, o X. X. X.

Barneth evaluó sus posibilidades.

Eran bien escasas. Al volverse hacia Garris, le vio empuñando una pistola.

Lyla estaba helada de horror. Sentíase incapaz de hablar y mucho menos de moverse.

—Lo siento —suspiró Garris—. Créame que no me queda otro remedio. Y usted había llegado a caerme simpático de veras, profesor. Algunos de sus trucos me divertieron enormemente —miró a Lyla y sonrió—. La escapatoria disfrazados de *hippyes* fue muy inteligente.

—El peligro aguza el ingenio —contestó Barneth—. Le propongo un trato, Garris.

—¿Tratos? Si se refiere al magnetófono, le diré que pienso llevármelo de todas formas. Lo siento —repitió.

—Una lástima —murmuró Barneth—. Morir tan joven...

Se sentó en un ángulo de la mesa.

—¿A cuál va a disparar primero? —preguntó.

La pistola apuntó a su frente.

—En este caso, los caballeros primero —dijo Garris, y en el mismo instante, Barneth dio una agilísima voltereta y pasó al otro lado de la mesa.

La pistola escupió un casi silencioso fogonazo y la bala arrancó una larga astilla del mueble. Al mismo tiempo, Barneth, caído de espaldas, elevó ambos pies y golpeó la mesa hacia arriba con todas sus fuerzas.

El pesado mueble se voleó, justo cuando Garris hacía fuego por segunda vez. El borde de la mesa cayó sobre sus pies, arrancándole un terrible alarido de dolor.

Lyla reaccionó y le arrojó una silla, que hizo saltar la pistola de su mano. Barneth saltó sobre Garris y lo derribó de un furioso puñetazo.

—Cargue las escopetas, rápido —dijo en voz baja.

Lyla obedeció en el acto. Barneth se acercó a la ventana cautelosamente y miró hacia afuera.

Los cuatro pandilleros continuaban inmóviles, parados a diez o doce metros de la casa.

«Esperan órdenes de Garris», pensó.

Barneth aguardó unos momentos. Lyla le llamó de pronto.

—Dame una —pidió él, tuteándola inconscientemente.

Ella le entregó el arma.

—Tengo más cartuchos —advirtió.

Barneth asintió. Se acercó a la puerta y comprobó la carga del arma.

Luego colocó al lado la otra escopeta.

—Recargue la primera apenas haya hecho fuego yo —indicó.

—Sí, Timmy. ¿Abro?

—Pero apártese inmediatamente.

—Desde luego.

Barneth quedó frente a la puerta. Ella abrió de golpe.

Los dos cañones vomitaron una estruendosa carga de perdigones. Toomey abrió los brazos, lanzó un chillido y se desplomó al suelo, revolviéndose aparatosamente.

Acto seguido, Barneth saltó a un lado, justo en el momento en

que las tres ametralladoras despedían un vendaval de plomo hacia la puerta. Tendida en el suelo, Lyla procedía a la recarga de la escopeta vacía.

Barneth saltó hacia la ventana y se situó a un lado. Un chorro de balas hizo volar los cristales en mil pedazos.

El estruendo era aterrador. Barneth asomó la escopeta y disparó de nuevo.

Pettecka cayó, chillando espeluznantemente. Hoswiss y Burns empezaron a retroceder hacia su coche.

Barneth recogió la escopeta cargada y disparó los dos tiros contra las ruedas delanteras del vehículo, que se vaciaron de aire instantáneamente. Los dos pandilleros optaron por dirigirse hacia el automóvil de Garris.

Pero Barneth les hizo retroceder con una salva bien dirigida. Hoswiss y Burns habían perdido la moral.

Otra descarga hizo caer a Burns sentado en el suelo con la pierna derecha acribillada, gritando como un poseído. Hoswiss tiró la ametralladora y levantó las manos.

—¡Me rindo! —gritó.

Barneth lanzó un profundo suspiro de alivio.

—Avance hacia la casa con las manos en alto —ordenó.

Garris empezó a rebullir en aquel momento. Barneth mantenía preparada una escopeta, con el dedo sobre los gatillos.

Lyla recogió la pistola de Garris. Hoswiss entró con aire lleno de abatimiento.

Barneth miró al administrador del colegio. Meneó la cabeza.

—Mi bola de cristal predice para usted un porvenir más bien lúgubre —dijo—. Hoswiss querrá que el tribunal sea benevolente con él y dirá los nombres de los asesinos de Dooley, ¿no es verdad?

El pandillero asintió en silencio. Garris apretó los labios.

Estaba completamente derrotado. Lo reconoció con un hosco silencio; que duró hasta el momento de ser puesto en manos de la policía.

—La policía tiene la grabación con los datos acerca de la organización —dijo Barneth, al entrar en su piso—. Ya han hecho una buena redada de forajidos y todavía han de caer muchos más.

—Pinecross te lo deberá todo —dijo Lyla con ojos brillantes.

—Eso no me importa en absoluto. Lo que me importa es...

Lyla vio que el joven traía en las manos una caja de forma cúbica, envuelta en papel y sujeta con una cuerda.

—¿Qué es eso? —preguntó.

—Ahora lo verás —respondió él.

Desató la cuerda, quitó el papel y levantó la tapa de la caja.

Lyla lanzó una exclamación de asombro.

—¡Es una bola de cristal!

—Sí, es una bola de cristal.

—Pero tú no crees en esas tonterías, ¿verdad?

Barneth sonrió sibilinamente.

—Apaga la luz, ¿quieres?

Ella obedeció, intrigada por la rara actitud de Barneth. El joven colocó la bola, situada sobre una peana negra, encima de una mesa.

Luego apretó un botón. La bola se iluminó en el acto y despidió un resplandor fantasmagórico. Debajo había una lamparita alimentada por pilas.

—Serás capaz de consultarle el porvenir —dijo Lyla.

—Para eso la he comprado —contestó él sin inmutarse.

—Y... ¿qué le vas a preguntar?

—No le voy a preguntar nada a la bola; simplemente, voy a ver mi futuro... Sí, ya lo estoy viendo —exclamó Barneth de repente.

Lyla se acercó a la mesa, asombradísima.

—¿Es posible? —preguntó.

—Claro. Estoy viendo una iglesia, una encantadora novia vestida de blanco, una boda, mucha felicidad, un montón de hijos...

—¿Quién es la novia, Timmy?

—Mira bien a la bola —contestó Barneth—. Mírala porque está prediciendo nuestro futuro.

—¡Oh! —exclamó ella, ruborizada, al comprender el significado de aquellas palabras.

—La bola predice el porvenir a corto y a largo plazo. A corto plazo predice que...

—¿Qué predice, Timmy? —preguntó Lyla ansiosamente.

Barneth se puso en pie y abrazó a la muchacha.

—Predice que voy a besar a la mujer que va a ser mi esposa dentro de pocos días —respondió.

FIN





Las mejores obras de:  
**"SUSPENSE", ESPIONAJE  
Y POLICIACAS**  
escritas por los mejores  
autores del género



Más de 1.200 títulos en sólo dos  
colecciones son prueba evidente  
del favor que el público dispen-  
sa a nuestras series populares



**EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

**PRECIO EN ESPAÑA: 9 PTAS.**

Impreso en España

